

NOVENA

Mártires del Pueyo



1936 - 2021

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1950

PAX

Novena en honor de los mártires benedictinos de El Pueyo para los monjes del Instituto del Verbo Encarnado

** Cada día se dedica a dos de los mártires, de los cuales se recuerdan algunos trazos biográficos.*

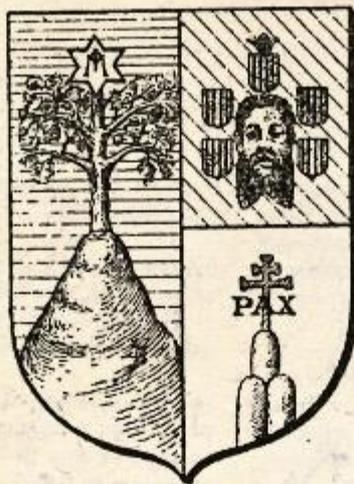
** Cada día se pide por los monjes del Instituto del Verbo Encarnado, en alguno de los elementos propios de nuestra vida contemplativa.*

** Se concluye siempre con las letanías de los mártires (se menciona a todos, y a los mártires a los que se dedica el día se les canta sus letanías correspondientes) y la oración colecta de la Misa como oración final.*

** Puede agregarse alguna oración más, sea la señal de la cruz y el acto de contrición al inicio, sea la oración por las intenciones del Santo Padre al final (Padre nuestro, Ave María y Gloria).*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
54 EAST LAUREL AVENUE
CHICAGO, ILL.

UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
54 EAST LAUREL AVENUE
CHICAGO, ILL.



Mártires del Pueyo

1º Día 21 de agosto

Dedicado a los beatos Mauro Palazuelos Maruri y Honorato Suarez Riu

Intención: por el aumento de nuestra vida de contemplación de los misterios de Dios y de la calidad de nuestra vida de oración personal y comunitaria.

Beato Mauro Palazuelos Maruri, Sacerdote

Peñacastillo (Santander), 26/10/1903 – Cementerio de Barbaastro, 28-VIII-1936



Mauro Palazuelos, llamado Abel Ángel en su Bautismo, fue el décimo hijo de una familia muy cristiana de Cantabria. Nació en Peñacastillo, del matrimonio de Ramón Palazuelos y Cristina Maruri, pero pasó su infancia en Maliaño, y fue educado con los salesianos de Santander. En 1914 la familia recibió noticia de que los monjes de Valvanera, en La Rioja, abrían Colegio (Seminario menor) en el Monasterio. Estos monjes les eran muy conocidos pues Ramón había trabajado en la dirección de la obra del nuevo camino hacia el Monasterio unos años antes, y había mudado allí a toda su familia por alguna temporada, antes del nacimiento de Abel. Los monjes cursaron invitación a las familias conocidas, por si alguno de sus hijos hubiese pensado en la vocación monástica. Abel, pronto a cumplir 11 años, marchó con la bendición de sus padres y fue parte del grupo fundador, cursando allí todos sus estudios de humanidades. El Noviciado lo hizo en el Monasterio de San Julián de Samos, en Galicia. La filosofía y la teología las cursó con éxito y provecho en Valvanera. Hizo sus votos solemnes en la Orden benedictina en 1925, y fue ordenado sacerdote con 23 años, el 31 de octubre de 1926. Recién ordenado marchó a la abadía inglesa de Buckfast, donde fue su prior el padre Anscar Vonier, gran teólogo, autor de la *Doctrina y clave de la Eucaristía*, a partir de cuyas páginas podría explicarse el comportamiento eminentemente eucarístico que dom Mauro tuvo en todo su sacerdocio, pero sobre todo en los momentos de cautiverio y en las vísperas de su martirio. En Buckfast hizo estudios también de apicultura, arte que supo desempeñar aventajadamente en Valvanera. Vuelto a su cenobio riojano, fue profesor y consejero de la comunidad. Desempeñó además, durante casi un año y medio, entre 1928 y 1930, el servicio de capellán militar en Ceuta y Tetuán, en el norte de África. El Capítulo de la Orden benedictina de 1934 lo designó prior del Monasterio de Nuestra Señora de El Pueyo, en Barbaastro.

Su misión en El Pueyo fue del todo providencial. Con apenas 30 años tomó posesión del cargo de superior en un cenobio de casi 30 monjes, muchos de los cuales sacerdotes mayores con experiencias apostólicas en España y en ultramar. Por aquellos días escribió a un amigo: «una vez en mi puesto, mi deber, mi único deber es *orare, laborare, et nunquam deficere*. Ruegue por mí para que siempre y en todo no busque yo más que la gloria y la voluntad de Dios». Con esa convicción, con ese «fuerte espíritu monástico que el porte y las buenas obras delataban en el P. Mauro» (P. Benabarre), se hizo desde el primer momento «guía y sostén de la comunidad» que la Providencia llamaba en sus designios al martirio.

Durante el comienzo de la persecución religiosa se mantuvo siempre en el Monasterio, alentando a todos pero sin coaccionar a ninguno de sus monjes. Fue en muchas ocasiones un ejemplo callado de entereza y de esperanza indefectible. El día que tomaron prisionera a la comunidad, el padre Mauro llevó la voz cantante ante los motoristas que los invadían, curó que se reserven el Santísimo Sacramento y la imagen de la Virgen, y dio las indicaciones prácticas para bajar al Mesón. Durante los días de prisión en Barbastro, procuró celebrar la Misa incluso a escondidas, a horas de la madrugada, cuando ya se los habían prohibido expresamente; y guardó y administró el Santísimo Sacramento cada día a sus súbditos y al obispo y demás prisioneros.

Cuando lo llevaron a la muerte, reclamó ir a pie y fue alentando a sus compañeros para que en todo momento perdonen a sus verdugos y pongan el pensamiento en el cielo. Murió solo, en la puerta del cementerio de Barbastro, de un disparo de pistola, entonando el canto de la Salve a la Virgen que le miraba desde El Pueyo, con su vibrante voz de tenor, en uno de los actos más sacerdotales y más quijotescos que se recuerden en los anales de las persecuciones de la historia de la Iglesia.



Beato Honorato Suárez Riu, Sacerdote

Torres del Obispo (Huesca), 5-I-1902 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936



Antonio Suárez Riu nació en el pueblo aragonés de Torres del Obispo, del matrimonio de Manuel y Ángela. Fue el tercero de siete hermanos. Otro de sus hermanos fue sacerdote diocesano, José. Desde pequeño fue muy aplicado en los estudios y de virtudes muy llamativas para su edad. Gustaba mucho de ser monaguillo y lo hacía además con gran seriedad, dirigía el Rosario diario en su casa muchas veces, y respetaba y obedecía de modo singular a sus padres. Contaba entre sus amigos del pueblo a Mariano Palau Sin, futuro mártir con el nombre religioso de Anselmo. Antonio y Mariano fueron admitidos, por recomendación de su párroco, en el Colegio de El Pueyo, cuando contaban 11 años cada uno. Allí estudió las humanidades y marchó luego a Monserrat, para hacer el Noviciado, en 1918. Cuando profesó sus votos temporales cambió su nombre por Honorato. Los superiores vieron en él buenas aptitudes para el estudio y lo enviaron a prepararse al sacerdocio en el Colegio de San Anselmo, en Roma, pero su experiencia romana se truncó pronto, debido a dificultades de salud, que obligaron a que vuelva a Monserrat, donde terminó de estudiar y fue ordenado sacerdote en 1925.

Vuelto a El Pueyo desempeñó múltiples oficios: fue profesor, rector del Colegio (Seminario menor), Ecónomo (oficio difícil en una comunidad numerosa y pobre como la de El Pueyo de entonces), Prefecto de los seminaristas (juniores), y finalmente Subprior, en épocas del P. Mauro. Tenía buenas dotes para la enseñanza, para el gobierno, y también para las artes, desempeñándose muchas veces como solista en el coro. El P. Ríos, que fue su superior muchos años, decía de él que era un «alma selecta, amable y alegre; muy popular entre la comunidad». Fue muy consciente de la situación que les iba a tocar afrontar como religiosos en los días de la persecución. Para la fiesta de la Virgen del Carmen fue a predicar un sermón al pueblo de Benabarre, cercano al suyo, y tuvo ocasiones de ir a despedirse de su familia; ante su convicción, le dijo su madre, preocupada por su vida: «Marcha, hijo mío, al extranjero, y así quizás no te matarán», a lo que respondió: «No, mamá», y, señalando arriba con la mano: «¿Le parece poco hermoso morir por Dios y subir al cielo?». Un médico del pueblo de Albelda, amigo suyo, refiere que pasó a saludarlos por esos días, y les dijo: «Vengo a despedirme de ustedes porque nos matarán a todos los religiosos»; ante estas palabras, le ofrecieron la casa como refugio, a lo que respondió: «Yo permaneceré en el Monasterio». Esta misma idea repitió el 20 de julio de 1936 a los seminaristas, algunos de los cuales, en una primera y fogosa reacción, pidieron armas para defenderse de una posible visita de los revolucionarios: «Aquí vinimos para hacer a Dios entrega de nuestras vidas; da lo mismo sea una u otra la forma en que hayamos de hacerla», y también: «la vida monástica es un martirio continuo. Si nos cogen y martirizan, no cambia mucho si no es en mayor gloria y seguro premio».



La Primacía de la contemplación en nuestras vidas

«Ora et labora» es el lema con el que la tradición benedictina ha sintetizado todo el espíritu y la enseñanza de san Benito, vivido a través de los siglos por sus hijos. Los monjes de El Pueyo fueron un eco de esa tradición que supone la oración como fundamento y principio primero de toda la vida del monje, para que Cristo ocupe el primer lugar en su alma y nada se anteponga a Él. Cada día tenían los benedictinos de El Pueyo un tiempo en común de oración mental, y de lectura espiritual, en el que fueron madurando su conformación al Rey que les destinaba a dar testimonio entero de su reinado. El padre Benabarre, que vivió con casi todos ellos durante varios años, se pregunta: «¿A qué dedicaban sus vidas? Una respuesta sucinta y verdadera sería: oraban»; y concluye diciendo: «Realmente, El Pueyo de Barbastro era, en la época benedictina, una casa de oración».

Nuestra espiritualidad está centrada en el misterio del Verbo Encarnado, y nosotros no queremos más que conformarnos con Él, «practicando, especialmente, las virtudes que más nos hacen participar del anonadamiento de Cristo» Por eso se dice en las Constituciones que «queremos ser cálices llenos de Cristo que derraman sobre los demás su superabundancia, queremos con nuestras vidas mostrar que Cristo vive» Los monjes dedicamos nuestra existencia a este fin por sobre todos los demás, porque, como nos enseña nuestro Directorio, «quienes abrazan la vida contemplativa se consagran a «con-templar y a vivir el misterio del Verbo Encarnado, especialmente en la máxima expresión de su anonadamiento que es la Cruz» Y para alcanzar ese fin, sin el cual son vanas todas nuestras acciones y nuestra vida misma, se nos manda «prestar especial atención en cuidar la calidad de la vida de oración en nuestras comunidades monásticas», alcanzando así «una verdadera actitud orante (como un desfondarse el alma en Dios)» Ese es el sentido de toda nuestra vocación en el Instituto, y no podemos pretender prestar un servicio diferente.



Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzadnos de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, la gracia de ser verdaderos hombres de oración, que en la oración sepamos nutrirnos, y que ordenemos toda nuestra vida a la contemplación e imitación de Cristo, el Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

Latín

Deus, Pater noster, qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres, Matre Dei adiuvente, imitatores Christi usque ad effusionem sanguinis effecisti, concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione, fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus. Per Dominum.

Amén.

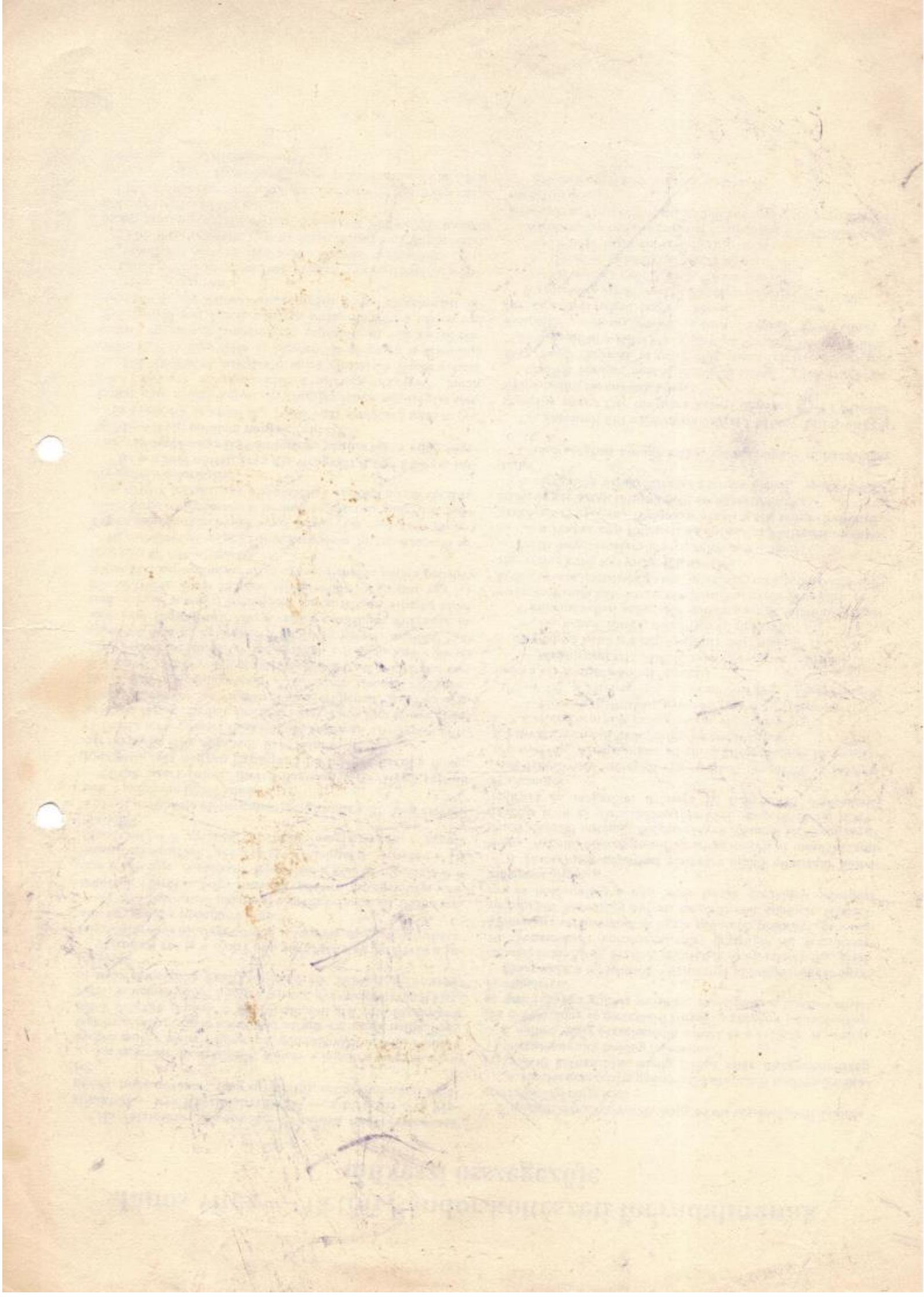
Español

Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]





Mártires del Pueyo

Día 2

22 de agosto

Dedicado a los beatos Mariano Sierra Almazor y Raimundo Lladós Salud

Intención: por la perfección de nuestra vida litúrgica, especialmente expresada en la celebración eucarística y en el canto de la Liturgia de las horas.

Beato Mariano Sierra Almázar, Sacerdote

Alquézar (Huesca), 25-II-1869 – Cementerio de Barbastro, 9-VIII-1936



Era el monje más antiguo en la comunidad y de los fundadores de El Pueyo. Nacido en el pueblo de Alquézar, último de cuatro hermanos, ingresó en la Orden benedictina en el pequeño priorato de Santa María de Treviño, término municipal de Adahuesca, siendo todavía un niño. Este priorato era fundación de una colonia de monjes de Monserrat, y se trasladó luego a El Pueyo, dando origen a la vida religiosa y monástica en este monte de la Virgen. El padre Mariano había estudiado en Monserrat y volvió al recién fundado Monasterio para hacer sus votos perpetuos allí y ser ordenado sacerdote en 1892. Fue, por lo tanto, el primer religioso en consagrarse a Dios en y para El Pueyo. No tenía un carácter sencillo, según testificaban algunos de sus primeros superiores, pero con el tiempo logró ir endulzándolo de tal modo que se hizo muy querido y respetado de sus compañeros. En época de los mártires, era decano de la comunidad, consejero, y además ayudaba, sobre todo durante la Cuaresma, a los párrocos vecinos, siendo muy apreciado por los fieles de los pueblos del Somontano, a los que viajaba regularmente a pie. Desempeñó en El Pueyo funciones de docencia, principalmente para los niños del Colegio. También trabajó mucho en el cuidado del patrimonio de la Virgen, administrando las tareas del campo, e incluso viviendo algunos periodos en el Mesón, en cuya capilla pequeña acostumbraba a celebrar su Misa privada. Hay testigos que lo recordaban subiendo a pulso, pendientes de un palo cruzado sobre sus hombros, grandes recipientes con agua, porque en ese entonces no llegaba hasta el Monasterio.

El padre Mariano, primero en todo, fue también tomado prisionero antes que nadie, a vistas de la comunidad. Volviendo del Mesón, cruzando la carretera, vestido de su hábito, fue detenido y subido a un camión lleno de milicianos armados de fusil, y conducido a Barbastro. Era el 21 de julio de 1936. Fue encerrado en las torres del Ayuntamiento, y en su momento conducido a El Pueyo, para detallar la presencia de supuestas armas. Allí fue víctima de simulacros de fusilamientos ejecutados por tiros al aire mientras él estaba de espaldas, frente al muro al noroeste. Se desmayó por la impresión de aquella tortura. Pero no decayó su ánimo, y se mantuvo firme. Durante unos días fue reincorporado a la comunidad en la prisión de los escolapios, pero nuevamente, por desconocidas razones, fue separado de sus compañeros, a horas intempestivas de uno de los primeros días de agosto. Su martirio se verificó en la noche del día 9 de ese mes, en el Cementerio de Barbastro, junto a un pequeño grupo en el que destacaba el obispo Florentino Asensio Barroso.

Beato Raimundo Lladós Salud, Sacerdote

Llusás (Lérida), 15-XII-1881 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936

Era Raimundo un monje catalán, oriundo de un pueblo de Lérida, nacido en el seno de una familia numerosa, trabajadora y fervientemente católica. Dos de sus hermanos fueron también sacerdotes, uno diocesano, que compartió con Raimundo la gracia inmerecida del martirio, y otro benedictino, que fue luego testigo privilegiado de la formación de su hermano. Educado con los clarretianos en Barcelona, Antonio, que tal era el nombre de pila de Raimundo, se destacó por su capacidad para los estudios y por su honda piedad y frecuencia de los sacramentos. Ingresó como colegial al Monasterio de Monserrat a los 12 años. En 1897 recibió el hábito negro y mudó su nombre en homenaje a san Raimundo de Fitero, fundador de la Orden militar de Calatrava. En 1906 fue ordenado sacerdote y a partir de 1911, y durante casi 10 años, desempeñó el cargo de Maestro de novicios. Uno de sus súbditos de entonces lo describe: «Todo su interés era el adelantamiento de las almas en el camino de la perfección. Siempre se mostró muy solícito al bien espiritual y temporal de los demás; en particular manifestó esta solicitud con los enfermos, a fin de que no les faltara nada de lo necesario». El mismo pasó por la enfermedad, lo que le obligó a dejar su cargo. Recuperado fue Prefecto de los colegiales, y luego prior administrador del Monasterio del Miracle, donde reveló buenas dotes de gobierno. Tras concluirse su periodo, y en respuesta al pedido hecho al Capítulo de la Orden por el p. Román Ríos, Prior de El Pueyo, de un monje que cumpliera el cargo de Prefecto del Colegio, fue destinado a la comunidad donde le había preparado la Providencia su antesala de la gloria.

En El Pueyo fue recordado por sus colegiales como un padre solícito y atento, hasta los detalles. Su experiencia en la formación y su caridad esforzada le daban una impronta muy paternal y suscitaban una gran confianza en los niños. Se le recordaba por los pasillos del Colegio, en el piso alto de la hospedería, ya entrada la noche, velando el sueño de sus niños con el Rosario en la mano y descalzo, tal como lo inmortaliza la talla en madera suya que se encuentra hoy en el presbiterio del Santuario. También durante los días de prisión, según contaba Miguel Gil, tenía una única preocupación: la suerte de los niños encerrados con ellos, una vez hubiesen llevado a los monjes al martirio, que era su gran deseo. Acompañando a su comunidad murió en la Carretera a Berbegal, en la madrugada del 28 de agosto de 1936.



Una vida centrada en el Misterio Eucarístico

El alma benedictina se configura en la oración principalmente por el Oficio divino y la celebración eucarística. Todos los testigos de la vida de los mártires en El Pueyo coinciden en señalar la importancia que se daba al canto de las horas litúrgicas y la regularidad y seriedad con que todos los monjes acudían a ellas. Del mismo modo se destaca la solemnidad de las grandes celebraciones eucarísticas comunitarias y la devoción con que cada monje celebraba su Misa diaria, en los diferentes altares. Un signo de marcada devoción es el hecho de que en el único día que estuvieron presos en el Mesón, todos los sacerdotes celebraron uno tras otro la Misa en la capilla interna de esa casita de campo, en horas de la madrugada. Durante la cárcel siempre estuvo el Santísimo reservado en una sala de química del Colegio de los escolapios, y nunca faltaba alguno de los monjes en compañía de nuestro Señor. La Eucaristía les alimentó hasta el fin en su preparación al testimonio supremo.

Nuestras Constituciones declaran que nosotros «queremos amar y servir, y hacer amar y hacer servir a Jesucristo: a su Cuerpo y a su Espíritu». Por eso se nos enseña que «lo principal, lo más importante que debemos hacer cada día, es participar del Santo Sacrificio de la Misa», sacrificio que prolonga la Encarnación y nos une sacramentalmente al Verbo Encarnado, que se nos ofrece en la Eucaristía en estado de padecimiento y como en cierto hábito de muerte. La Liturgia de las horas, eco del canto eterno del Verbo en Dios, es también «complemento necesario del acto perfecto del culto divino que es el Sacrificio eucarístico». Nuestro Directorio de vida contemplativa nos dice que «una de las características principales de nuestros monjes será la devoción al Señor presente en la Eucaristía», y que celebrarla y participar en ella es nuestra «primera obligación» cada día. Y como complemento, se nos indica que el Oficio reviste para nosotros particular importancia, ya que, «por voluntad expresa de nuestro Fundador, la oración litúrgica de los monjes deberá ser modelo para todos los hermanos de nuestra Familia Religiosa, y fuente inagotable de riqueza espiritual para todos ellos».

Constituciones n° 7.

Constituciones n° 137.

Constituciones n° 138.

Directorio de Vida contemplativa, 60.

Directorio de Vida contemplativa, 57.

Directorio de Vida contemplativa, 51.



Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzados de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, el poder ser un eco y una voz del Verbo que canta en el seno del Padre, y la gracia inestimable de ser almas eucarísticas, conformados a la totalidad de la Pasión, que en su Sacramento nos ofrece Cristo, el Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

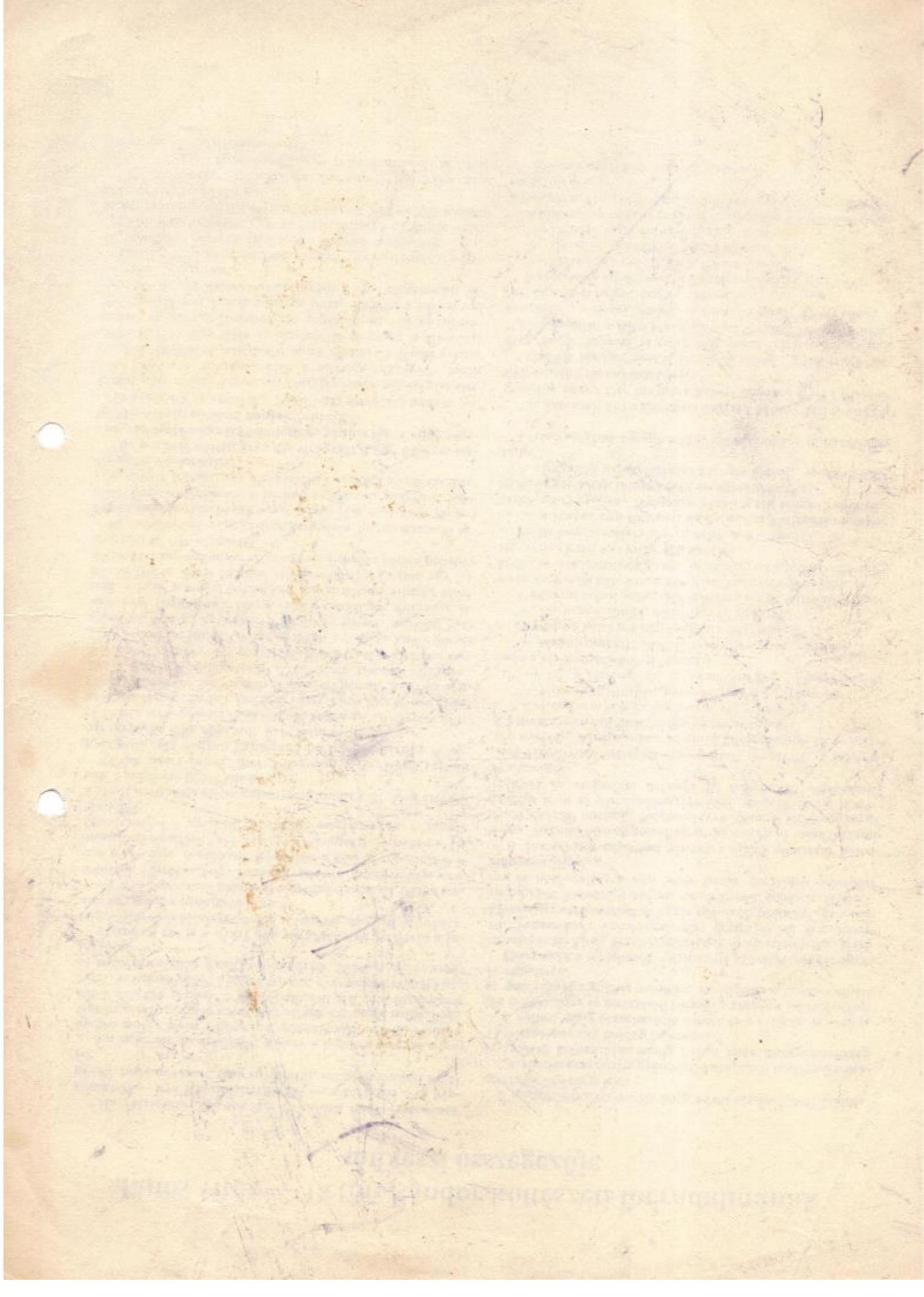
Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

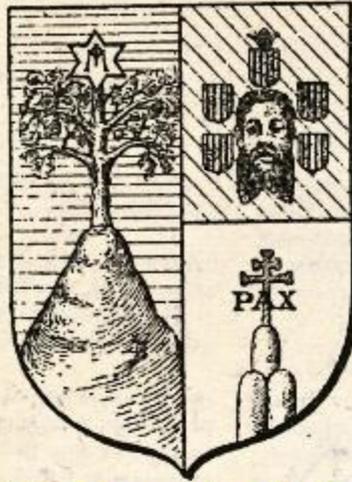
Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]







Mártires del Pueyo

Día 3

23 de agosto

Dedicado a los beatos Leandro Cuesta Andrés y Fernando Salinas Romeo

Intención: por el progreso de la caridad teologal en todas nuestras comunidades monásticas

Beato Leandro Cuesta Andrés, Sacerdote

Rupelo (Burgos), 30-III-1870 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936

Leandro Cuesta Andrés (Juan, en su nacimiento) era un «austero burgalés», de cuya infancia y juventud poco conocemos. Sus padres eran Ezequiel y Francisca, cuya vida cristiana la atestigua el haber bautizado a su hijo Juan a dos días de su nacimiento. Ningún biógrafo ha aclarado el resto de su educación inicial ni tampoco su ingreso en el Monasterio de Monserrat, donde se formó como religioso benedictino, recibiendo el nombre de Leandro, profesando solemnemente en 1892. Antes de ser ordenado sacerdote fue enviado a Galicia, al Monasterio de San Julián de Samos, y de allí se afilió a El Pueyo, donde pasó el resto de su vida, hasta el día glorioso de su martirio.

De su vida monástica hay muchos testimonios que señalan dos características remarcables: una es su gran austeridad, rayana en ocasiones con la dureza; la otra es su profunda amabilidad, que llegaba hasta detalles entrañables. A algunos de sus compañeros se les hacía muy difícil comprender esta personalidad que el padre Benabarre llama «variopinta»: «El que un día aparecía extraordinariamente riguroso de palabra y de obra, al día siguiente dejaba ver la ternura de un corazón muy humano y de un alma dotada de alta sensibilidad caritativa». En su función, por ejemplo, de Rector del Colegio de los niños, que desempeñó algunos años, era tan estricto para corregirlos como generoso en sus necesidades, y paternal hasta en algunos pormenores como en el hecho de no comer todo el postre de las comidas, para compartirlo luego con ellos. Como enfermero, otro de sus oficios, se mostraba de la misma manera: no era condescendiente con los enfermos, pero no por eso dejaba de tratarles con exquisita caridad, soportando sus flaquezas y guardando su lecho incluso a costa de su propio sueño. Él mismo era de salud débil, sufría de los bronquios, y a causa de esto hubo de pasar tiempos en Valvanera, por su clima favorable. Se destacan también su preocupación por la atención de los pobres, y su trabajo como colmenero, que realizaba con auténtica pasión.

En cuanto a su vida espiritual, hay un hecho que es incontestable, que nos abre su alma. Cuenta Miguel Gil que gustaba de celebrar su Misa diaria en un altarcito que se ubicaba en el camarín de la Virgen, y que esto lo hacía con verdadera unción. El testigo fue monaguillo en algunas de esas Misas y el recuerdo del padre Leandro en ese momento de devoción eucarístico y mariano le quedó grabado toda la vida.

En los días de la persecución, era de los que bajaban al monte a esconderse ante el posible arribo de los milicianos. Era esta una norma de precaución por si el asalto se producía de manera violenta. A los niños que se escondían también en la ladera de El Pueyo les decía: «Hay que estar fuertes y valientes». Fue preso con toda la comunidad y, según testimonio de Miguel Gil, mantuvo en todo momento su carácter amable, que se había forjado con el trabajo de los años, floreciendo como un vergel en la estepa castellana.



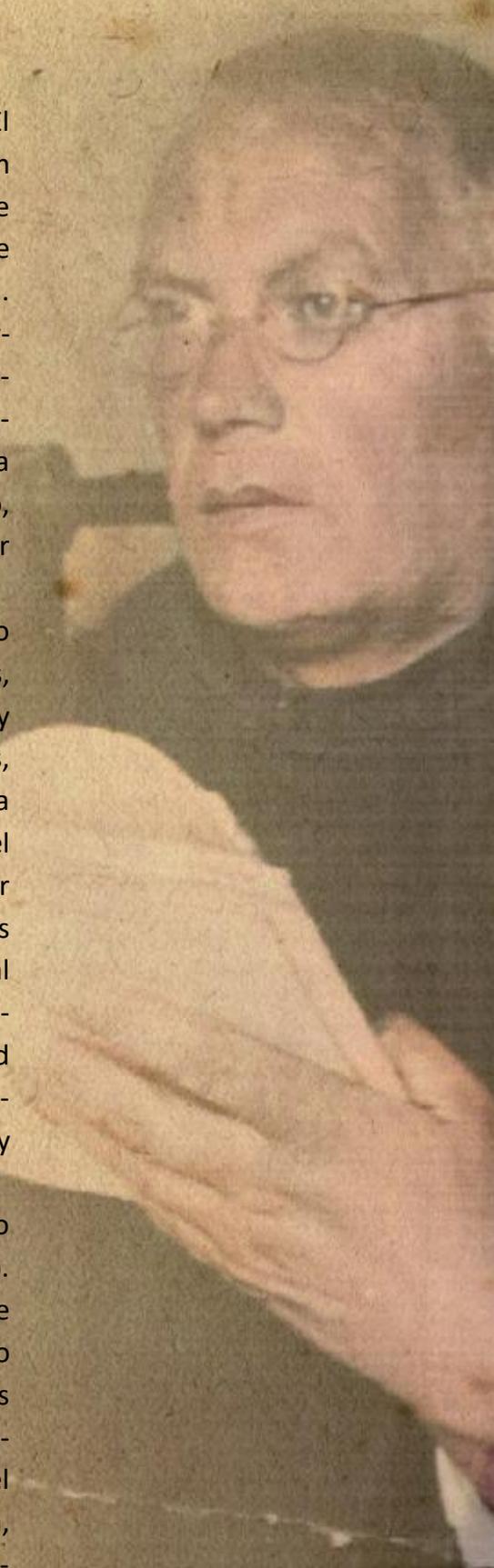
Beato Fernando Salinas Romeo, Sacerdote

Pozán de Vero (Huesca), 31-V-1883 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936

La particularidad del beato Fernando Salinas en relación a El Pueyo es su cercanía desde el nacimiento. Siendo oriundo de Pozán de Vero, a pocos kilómetros de El Pueyo, conocía el Santuario desde su uso de razón, y en este sentido tenía con la Virgen y con su monte santo una ligazón del todo especial, no sólo religiosa sino histórica. Oriundo de una familia muy cristiana, compartió la vocación sacerdotal y benedictina con su hermano Raimundo, luego misionero insigne en Filipinas y Australia. Los estudios de Fernando se desarrollaron en Monserrat, por estar El Pueyo todavía en sus inicios, sin una estructura de formación propia. Su filiación monástica, sin embargo, siempre fue podiense. En 1909 fue ordenado sacerdote en Vic, por el gran obispo José Torrás y Bagés.

Si algo ha de destacarse de la vida monástica del beato Fernando es su marcada vocación intelectual, para lo cual tenía buenas dotes, y que realizó con mucho sacrificio. Si bien publicó poco, escribió y sobre todo estudio mucho. Se conservan de él diversos manuscritos, casi todos de «letra menudísima y apretada», entre los cuales una Vida de San Poncio, premiada en un concurso literario en Lérida el año 1933. En el Boletín de Información benedictina, preparado por los monjes en El Pueyo durante algunos años, hay varias reseñas a libros con sus iniciales «F. S.» y un artículo firmado sobre «El Real Monasterio de San Pelayo de Oviedo». También fue profesor de Historia Universal y de España, en el Colegio de los niños. Otra cualidad que destacan los testigos es su finísima observancia, y su preocupación por encontrar agua, elemento siempre necesario en El Pueyo, y más en aquellos años.

Alguna vez han surgido dudas respecto de su comportamiento carcelario, pues hay quien dijo haberlo visto triste y taciturno. El p. Alejandro Pérez asegura, después de so-pesar las declaraciones de varios testigos, que esta aparente tristeza más correspondía al modo externo de manifestar la natural preocupación que todos los presos tenían en la antesala de la muerte. Lo atribuye a una cuestión temperamental y del ambiente de la cárcel. Lo que es seguro es que el beato Fernando sabía la suerte que podía correr, y no huyó de ella, sino que la enfrentó con valor y hasta el final. Si todos los que experimentan alguna vez tristeza por su estado supiesen vencerse y arros-trar las propias elecciones con la misma hidalguía cristiana de Fernando Salinas, entonces con toda seguridad esa melancolía no sería sino un premio más atado al carro de su victoria en Cristo.



La importancia insustituible de la vida comunitaria

La caridad «...se observaba bien. No se notaban antagonismos ni de obra ni de palabra. No recuerdo que hubiera enemistades entre los monjes. Más bien se ayudaban unos a otros». Así lo dice Joaquín Boix, que vivió con los monjes hasta pocos meses antes de su martirio; y Rafael Lacambra, que estuvo con ellos hasta días antes de su prisión, agrega: «La unidad era completa, y no se notaba ninguna disensión entre los miembros de la comunidad... todos estaban unidos como una verdadera familia». Como una familia vivieron los monjes, bajo la autoridad del padre de todos, el padre Mauro Palazuelos. Como una familia fueron llevados prisioneros, y el corazón de los que estuvieron lejos siempre estuvo unido al grupo principal. Como una familia los sacaron la noche del 27 al 28 de agosto de 1936 para dar un testimonio común, al que fueron atados, vivando y cantando juntos, pues juntos los había elegido Dios para santificarse y morir por Él.

En nuestras Constituciones se afirma con claridad que «es justamente por la vida fraterna por la que nos mostramos, unidos en Cristo –todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Ga 3,28)–, como una Familia Religiosa peculiar. Y esto debe realizarse de tal manera que sea para todos una ayuda en el cumplimiento de la propia vocación personal». Toda nuestra Congregación es una gran familia, y cada casa de la Congregación es una pequeña Iglesia doméstica, una particular familia. Esto se aplica de modo específico a la familia que es cada Monasterio, bajo la paternidad de un superior, «que hace las veces de Cristo», siendo «principio de unidad y de vida de la comunidad»; una familia donde el vínculo de la caridad haga que todos los monjes se ayuden a ser fieles y se alienten en la realización de la vocación a la perfección. Por eso dice nuestro Directorio que en todos los monasterios ha de llevarse «vida común, de verdadera familia», que es como decir vida de caridad, de obediencia, de alegría perfecta y sobrenatural.



Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzadnos de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, la gracia de vivir la caridad teologal, amando por sobre todo a Dios y a nuestro prójimo como a nosotros mismos; y de distinguirnos por una pronta y abnegada obediencia, que es el sacramento de la vida monástica, y que queremos vivir hasta la muerte, y muerte de cruz, como nuestro modelo Cristo, el Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

Latín

Deus, Pater noster, qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres, Matre Dei adiuvante, imitatores Christi usque ad effusionem sanguinis effecisti, concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione, fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus. Per Dominum.

Amén.

Español

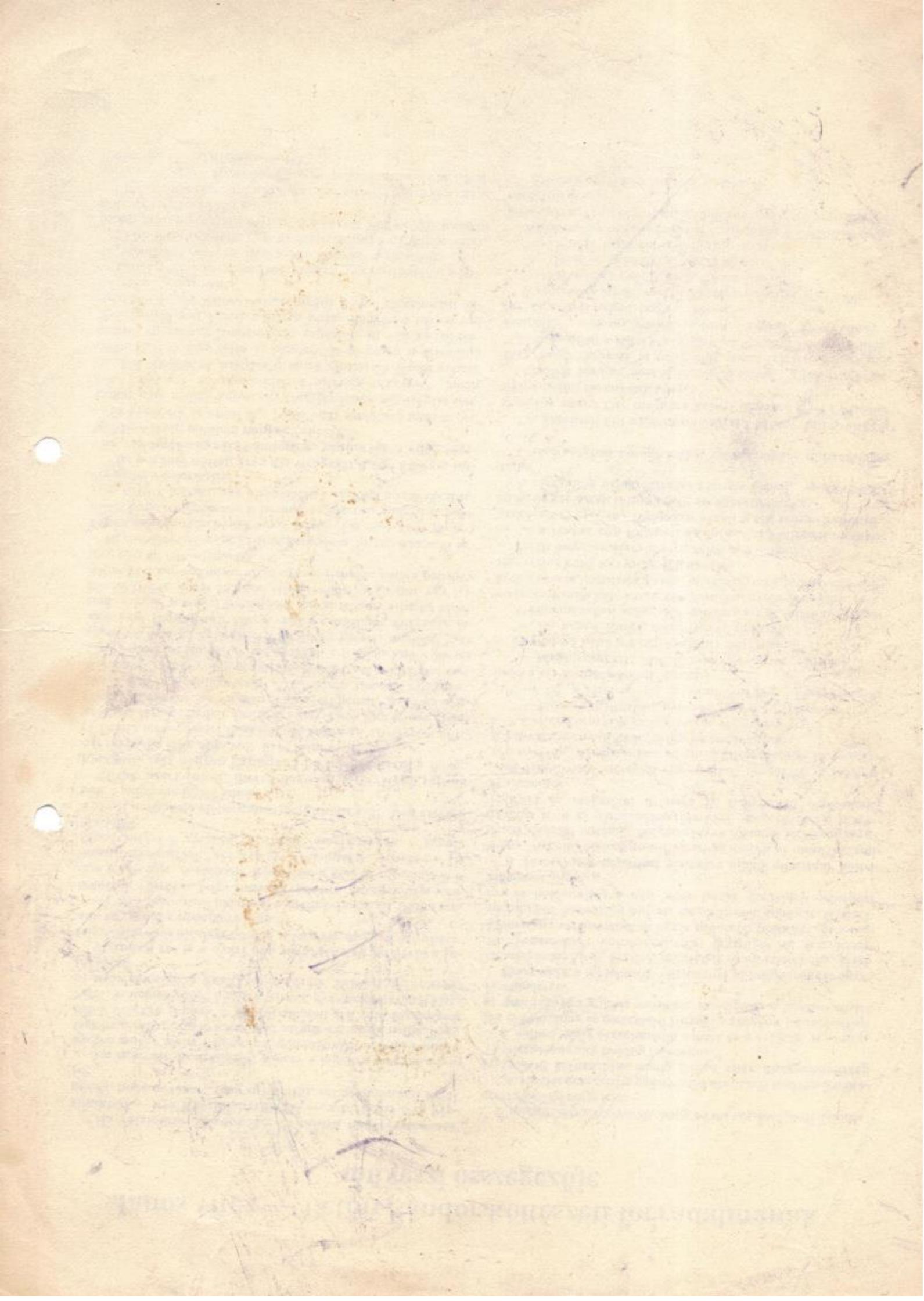
Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

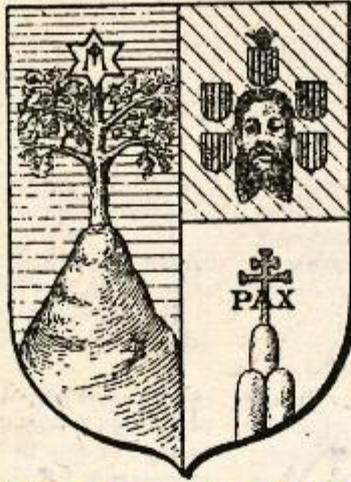
Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]







Mártires del Pueyo

Día 4

24 de agosto

Dedicado a los beatos Santiago Pardo López y Domingo Caballé Bru

Intención: por la gracia de vivir con fortaleza el silencio y la clausura monásticos.

Beato Santiago Pardo López, Sacerdote

Palacios de Benaver (Burgos), 25-VII-1881 – Carretera de Barbaastro a Berbegal, 28-VIII-1936



Santiago Pardo López heredó, de la fecha de su nacimiento, 25 de julio de 1881, no solamente el nombre del Apóstol adalid y patrón de las Españas, que conservó también como nombre de monje, sino también la fuerza de su espíritu, que es la fuerza del espíritu español. Castellano de nacimiento, hizo su formación en el Colegio de ultramar de Monserrat, y en el mismo Monasterio, profesando en 1903, y siendo ordenado sacerdote en 1906, a los 25 años. Según su compromiso inicial, emprendió recién hecho sacerdote su viaje con destino a la misión benedictina de Manila, en Filipinas, sin siquiera poder despedirse de su madre ni dejarle besar sus manos consagradas. En Filipinas fue maestro durante casi 20 años, destacándose en las materias científicas (física, biología y sobre todo, química). Fue además un esmerado pastor, según se puede colegir de su diario personal, donde se anotan gran cantidad de Misas cantadas, confesiones, funerales, etc. Cumplió allí, además, el oficio de sacristán. En 1925 regresó a España, y cambió su voto de estabilidad a El Pueyo, por entonces en pleno crecimiento.

Hombre de gran bondad y sencillez, de buena inteligencia pero mejor voluntad, cumplió en El Pueyo un papel muy importante, siendo confesor de varios de los monjes, y encargado de las ceremonias, que llevaba adelante con un gran sentido de lo sagrado. «El Prior Román Ríos declaraba que el p. Santiago, si estaba en el Monasterio, durante su priorato no faltó nunca al coro, yendo más de una vez enfermo o afiebrado, dando precioso ejemplo a los estudiantes». En 1929 fue nombrado primer maestro de novicios en El Pueyo, ministerio del cual decía con humildad: «Ya tengo dicho al p. Prior que no valgo para este cargo, pero como la obediencia me dice que siga, seguiremos adelante hasta que tengan a bien relevarnos». El beato Aurelio Boix fue de sus novicios. También fue Prefecto de juniors, encargado de la ropería, sacristán y tuvo a su cargo la cátedra de Física y Ciencias naturales. Un oficio muy delicado en el que se destacó fue el de hospedero externo, desarrollándolo con gran caridad, pero también con mucho sentido monástico, llevando la vida de los monjes a los huéspedes, y no la vida de los huéspedes a los monjes. En el cumplimiento de este apostolado fue que se enteró y, por su medio, la comunidad, de las noticias políticas que alborotaban aquel mes de julio de 1936.

Durante el periodo carcelario el p. Mauro le encargó la función de administrador de los pocos bienes que les llegaban, algo de comida, mantas, etc., y trató de ser fieles a su tarea hasta el final, contentando en lo posible a todos. La muerte le llegó junto a su comunidad. Su viejo prior el p. Román Ríos dijo luego de él: «En su diario vivir monástico el p. Pardo estaba alcanzando la santidad en grado heroico, cuando le vino la muerte».

Beato Domingo Caballé Bru, Sacerdote

Villalba de los Arcos (Tarragona), 25-V-1883 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936

Al igual que muchos de nuestros mártires, también Domingo Caballé (Jaime en su nacimiento) fue hijo de una familia numerosa y cristiana; era el noveno de diez hermanos y tuvo, entre ellos, uno sacerdote y mártir como él. Los padres, Juana y Jaime, eran comerciantes y muy piadosos. Originario de la provincia de Tarragona, su elección por Monserrat, según el testimonio de su hermana Filomena, religiosa concepcionista, se debió a su devoción a la Virgen, que tenía de sus más tiernos años. En Monserrat se formó en humanidades, filosofía y teología. Recibió el hábito y el nombre de Domingo de Silos. En 1908 fue su profesión solemne y en 1910 su ordenación sacerdotal. En 1921 fue destinado al Monasterio de Manila, en Filipinas, a donde llegó tras un viaje en barco de casi tres meses que dejó detalladamente contado en una carta. Su ministerio en Asia fue de clases y Misas, además de visitas a hospitales y el cuidado de la economía de la casa. A su vuelta a España, para 1928, recayó en el Priorato del Miracle, en Solsona, a donde se ofreció a ir, según testimonio de un viejo compañero suyo, con el fin de que no desaparezca la vida monástica de allí, pues ya menguaba la comunidad. De hecho, esa mengua se produjo, y en 1932 se suprimió este cenobio, ocasión que sirvió para que Domingo Caballé se afiliase a El Pueyo, donde pasaría todo el resto de su vida.

En esos últimos años desempeñó una importante labor formativa, impartiendo a la comunidad periódicas conferencias de Teología moral, y dictando esta misma asignatura a los seminaristas. Además tuvo una ingente tarea como predicador, especialmente en tiempos de fiestas en los pueblos y de los tiempos fuertes del año litúrgico, sobre todo la Cuaresma. Se conservan algunos de sus sermones, así como otros escritos suyos, que revelan un teólogo nada común, confeso seguidor de santo Tomás de Aquino, conocedor admirable de la Sagrada Escritura, que cita de continuo, y gran devoto de la Virgen Santísima, a quien hace invocar al final de todos sus exordios. Se destacó también como poeta, principalmente en lengua catalana. Cuando la comunidad fue ingresada en el Colegio prisión de los escolapios en Barbastro, el padre Domingo se confesó catalán de pura cepa, y en el momento de dar el testimonio definitivo, sus acciones hicieron confesión de su Patria final.



El silencio y la clausura brotan de buscar solo a Dios

Enseña san Benito en su Regla que «por amor al silencio se deben evitar incluso conversaciones buenas». Los monjes de El Pueyo, como benedictinos cabales, eran amantes del silencio y del estarse con Dios en el Monasterio. Esto no significa que no les fuese arduo, pues señalan algunos testigos que había bromas y sobre entre los seminaristas había distracciones al respecto, pero esos mismos testigos destacan que siempre se mantuvo el empeño por guardarse cada vez mejor en las palabras y en la compostura, y que había conciencia de la necesidad de hacerlo.

«El silencio» –dice el Directorio de espiritualidad– «es una necesidad del alma, para manifestar de la manera más profunda que, en presencia de Dios, no hay nada más que decir. Es un medio para lograr la unión con Dios y, por lo tanto, deberá llevar a la cumbre de la oración. Quien busca callarse lo hará para conversar sólo con Dios, que lleva al alma al desierto para hablarle al corazón». No hay manera de vivir solamente para Dios si no se practica de manera sacrificada la vida del silencio exterior, y sobre todo, interior. Por eso se nos señala en el Directorio de vida contemplativa que «uno de los trabajos más arduos del monje deberá ser la lucha ascética por adquirir el silencio interior, lo que supone la purificación asidua de los sentidos internos y de los pensamientos, para que Dios, con su presencia y su voluntad domine todo su ser» El estarse siempre en el Monasterio, salvo cuando sea realmente necesario salir de él, es otra manera de mostrale a Dios que nada necesitamos sino a Él, ya que «el arte de la oración y de la unión con Dios no será posible para el monje sin la clausura»

Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzadnos de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, la gracia de trabajar siempre para que Cristo reine en nuestra alma; de poder ser hombres de vida interior, sin complicidades mundanas, no derramados hacia afuera, sino atentos a guardar en todo y de todo la presencia viva y activa en nuestros corazones de Cristo, el Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

Español

Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

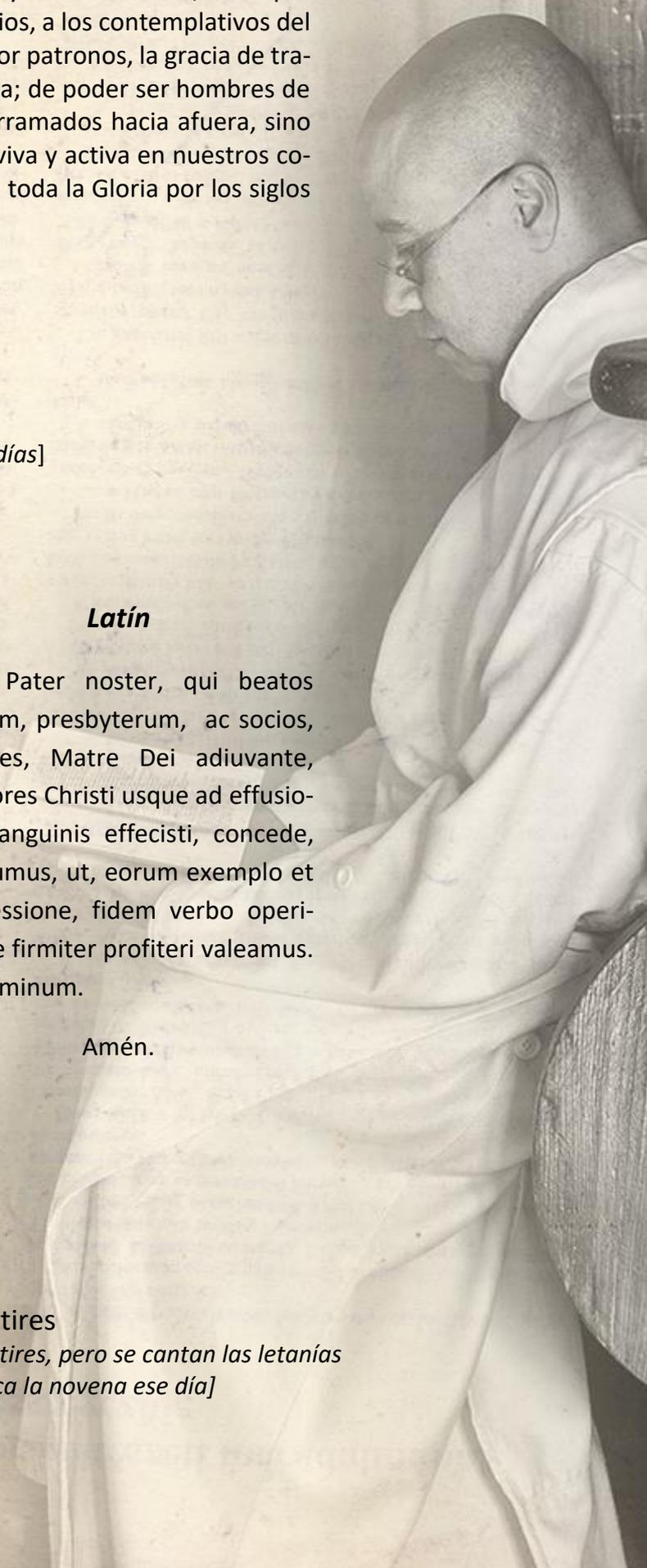
Latín

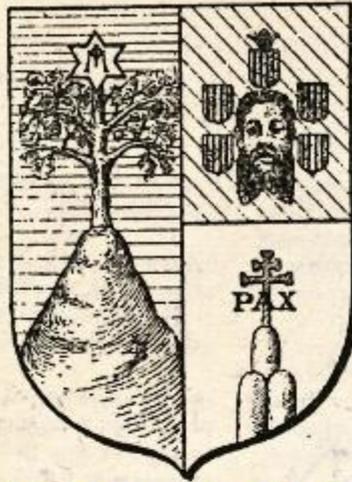
Deus, Pater noster, qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres, Matre Dei adiuvente, imitatores Christi usque ad effusionem sanguinis effecisti, concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione, fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus. Per Dominum.

Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]





Mártires del Pueyo

Día 5

25 de agosto

Dedicado a los beatos Ildfonso Fernández Múñiz y Anselmo Palau Sin

Intención: por el auténtico progreso de nuestra vida de penitencia, principalmente interior y también exterior.

Beato Ildefonso Fernández Muñiz, Sacerdote

Muros de Nalón (Asturias), 24-VII-1897 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936



La vida de Julio Fernández Muñiz, en religión Ildefonso, estuvo marcada desde su inicio por el signo santo de la cruz. Huérfano de madre al año de nacido, fue educado por su abuela, una mujer de Dios que procuró la mejor formación para el niño. Sufrió éste de pequeño muchos retrasos de crecimiento, y costó mucho que aprendiese a hablar y a caminar. La fortaleza de su abuela fue fundamental para superar estas dificultades. Llegado el tiempo de que entrase a estudiar humanidades fue llevado a la escuela que los padres benedictinos tenían en Los Cabos, donde se destacó como un buen alumno, y aprendió a ayudar la Misa. En 1910, decidida su vocación religiosa, fue admitido en el Colegio de El Pueyo, recientemente abierto. En 1913 fue a Monserrat a hacer el Noviciado, bajo la dirección de su futuro compañero de comunidad y martirio, el padre Raimundo Lladós. Antes de su profesión perpetua, en 1918, fue consultado sobre la seguridad de su elección, mostrándosele la posibilidad del sacerdocio secular, a lo que respondió: «benedictino o nada». Ordenado sacerdote en 1921, se reintegró a El Pueyo, donde permaneció hasta la muerte.

En el Monasterio se lo recordaba como un hombre de gran carácter, jovial y ameno en los momentos comunitarios, amantes de esos ratos de vida recreativa. Muchas veces él mismo inducía que lo tomasen como centro de las bromas, para divertir a los demás compañeros. De una capacidad intelectual media, no desempeñaba muchos oficios magisteriales, aunque con el tiempo y el esfuerzo que ponía, supo dominar y enseñar griego y latín, así como también armonio. Se destacó más por algunos oficios prácticos, en especial el de sacristán, que ejerció durante todos los años que estuvo en El Pueyo, señal de un trabajo esmerado y bien hecho. En este oficio, le cupo la responsabilidad, de parte del p. Mauro, de resguardar el Santísimo Sacramento en el momento de la prisión de los monjes y trasladarlo primero al Mesón y luego a Barbastro. Hay testigos que aseguran haber sido él uno de los más lanzados en gritar los «Vivas» a Cristo Rey durante el traslado de la comunidad desde la prisión al lugar del martirio en la noche del 27 al 28 de agosto de 1936. Viajó en la oscuridad, atado con sus compañeros, y llegó al final, invicto, como corresponde a un corazón católico, religioso y asturiano.

Beato Anselmo Palau Sin, Sacerdote

Torres del Obispo (Huesca), 9-VIII-1902 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936



De toda su vida supo Mariano Palau, futuro padre Anselmo, que quería ser religioso benedictino. Fue uno de los diez hijos de Francisco Palau y Ramona Sin, esposos muy piadosos del pueblo de Torres del Obispo. También de este pueblo fue el mártir Honorato Suárez, de la misma edad de Mariano, con quien partieron juntos, contando 11 años, a poner en obra el llamado de Dios, en el cercano Monasterio de El Pueyo. Hechos los estudios de humanidades, el Noviciado y la Filosofía y Teología los hizo en Monserrat, donde se enamoró, además, de la música sacra, para la que tenía grandes talentos. En 1925 recibió la ordenación sacerdotal, y retornó a su casa, el Monasterio de El Pueyo, donde prestó servicios de valía y se preparó con su propia entrega a la llamada final a que la Providencia le tenía destinado.

De porte apuesto y abundantes dotes humanas, que le hacían un imán dentro de la comunidad, se destacó Anselmo por su amor y dedicación a los trabajos, sobre todo manuales, que amaba realizar, desde acarrear piedra para las construcciones, como por ejemplo, la actual escalera que sube al Santuario, hasta afeitar a un monje enfermo de tuberculosis y encargarse de todo su aseo. Dijo de él el p. Román Ríos: «Era el primero en el trabajo y el último en buscar su propio regalo». Conocida es aquella historia que cuenta que el padre Anselmo asistió a un monje moribundo en las dependencias del Monasterio cercanas a la ermita de San José y lo acompañó hasta la muerte, luego de la cual, para evitar procedimientos engorrosos por haber muerto fuera del Monasterio, lo subió por la ladera de El Pueyo, sobre los hombros, lo lavó y lo preparó para que todos lo velasen en la sala mortuoria. Ayudó también en la economía del Monasterio y en la formación de los niños del Colegio. Dios clases, y predicó sermones en los pueblos vecinos. Fue parte activa en la Schola cantorum, y contribuyó a la orquesta de música sacra que se había formado por entonces en el Monasterio. Llegó a dedicar un pequeño opúsculo para su hermana benedictina, titulado *Algunas normas generales para recitar y cantar el Oficio Divino*.

Para 1926 era el secretario de la comunidad y fue el encargado de consignar las decisiones del Capítulo comunitario el 8 de marzo de ese año, donde se autorizaba, en caso de necesidad, partir a los que quisiesen a sus pueblos, y salvaguardar a los niños del Colegio. Permaneció en el Monasterio en los días primeros del levantamiento populista en Barbastro, y hasta se llegó a la ciudad, vestido de mameluco, como un trabajador, en compañía del padre Ramiro Sanz, para recabar alguna información. Su voluntad martirial quedó manifestada cuando dijo a su madre, a la que fue a saludar tras un sermón en Graus durante cuaresma de 1936, a vistas de la situación que empeoraba: «Moriremos por Cristo». Hubo de subir al Monasterio una vez llevada la comunidad al Mesón, para enseñar a los milicianos a encender las luces de fuera, y se vio obligado a descubrir la trampilla donde se había escondido la imagen de la Virgen. Toda su vida la dio, desde su infancia, a esa Reina del Somontano que le llamó, le formó, y le acompañó al momento supremo del martirio, a la cual él gustaba llamar la «Joya de los monjes».



La compunción del corazón y la victoria sobre uno mismo

El Patriarca san Benito prescribe en su Regla que los monjes hagan un voto de con-versión de sus costumbres. Esta conversión es descrita por el gran teólogo benedictino Columba Marmion como «el conjunto de actos por los cuales el alma, evitando el peca-do y desprendiéndose de la criatura y de todo móvil humano, se afana por obviar los obstáculos que se oponen a ir a Dios y buscarlo únicamente» La actitud fundamental de este «conjunto de actos» es la compunción del corazón, un estado de perpetua contrición por el cual nos movemos a rechazar el pecado y buscar en todo solamente a Dios. Para los monjes benedictinos la gran penitencia es la observancia estricta de toda la disciplina monástica, según nos decía el padre Benabarre. Entendido así, se comprende por qué no existe información de penitencias particulares de los monjes, aunque sí hay muchas de un ejercicio comunitario muy esforzado de la obediencia, de la pobreza, que era ejemplar, y de la hospitalidad y caridad para con los pobres y peregrinos. Y hay también muchos testimonios que hablan de lo que estas penitencias expresan realmente: esa compunción del corazón, que vemos sobre todo las cosas en el amor que profesaban los monjes al sacramento de la reconciliación, que siguieron recibiendo en la cárcel y en preparación a su martirio.

La práctica de la penitencia, según nuestro derecho propio, «es esencial a la vida cristiana, y por tanto debe serlo en nuestra espiritualidad» ; particularmente «la penitencia interna, la metanoia, o sea la íntima y total mudanza y renovación de todo el hombre en todo su sentir, juzgar y disponer» . En este mismo sentido, se dice que para nuestra Familia Religiosa «el santo sacramento de la Reconciliación o Penitencia ocupa un lugar importantísimo en la vida espiritual». Los monjes estamos llamados a vivir estas enseñanzas de un modo muy especial. El mismo Directorio de espiritualidad dice que la nuestra es una «vida de oración y penitencia» . Y el Directorio de vida contemplativa nos manda de manera muy precisa la práctica de determinadas penitencias exteriores que deben nacer y nutrir un «espíritu penitente»: «El monje deberá humillar su alma sin medida para configurarse más perfectamente con Cristo humillado hasta el extremo, sabiendo que por ello será ensalzado juntamente con Él»

Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzadnos de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, un auténtico espíritu sacrificial, que nazca de un corazón contrito, que crezca en el ejercicio de toda una vida de renuncia al pecado y a sus consecuencias, y que nos dé como fruto un corazón muerto a sí mismo y solamente vivo para Cristo, el Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

Español

Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

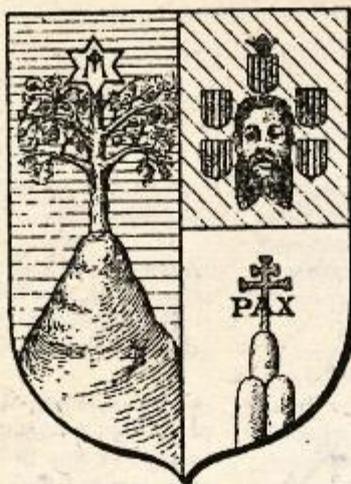
Latín

Deus, Pater noster, qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres, Matre Dei adiuvante, imitatores Christi usque ad effusionem sanguinis effecisti, concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione, fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus. Per Dominum.

Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]



Mártires del Pueyo

Día 6

26 de agosto

Dedicado a los beatos Rosendo Donamaría Valencia y Ramiro Sanz de Galdeano Mañeru

Intención: por la dedicación seria al estudio de los monjes del Instituto.

Beato Rosendo Donamaría Valencia, Diácono

San Martín de Unx (Navarra), 3-XI-1909 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936

Rosendo Donamaría, llamado Martín en su nacimiento, era también Navarro, como Ramiro Sanz de Galdeano. De niño tuvo inclinación a la vida religiosa y asistió a una escuela apostólica que tenían los religiosos de San Vicente de Paul. Tenía un hermano gemelo, llamado Román. Ambos partieron juntos a El Pueyo en 1922, y cursaron juntos las humanidades. Por haber ingresado Román como colegial para las misiones de ultramar, fue destinado a hacer su Noviciado y posterior formación al Monasterio francés de Belloc, mientras que Rosendo marchó a Monserrat y, luego del año como novicio, volvió para continuar su formación sacerdotal en el propio Pueyo. En 1930 hizo su profesión solemne. Fue ordenado diácono en 1932, pero su ordenación sacerdotal se retrasó primero por su poca edad, y luego por una enfermedad que le sobrevino, por la que padecía continuos ataques de epilepsia. Logro recuperarse de ese mal, y se preparaba a ser ordenado sacerdote cuando sobrevino la persecución.

Era de temperamento bastante reservado, y de capacidades medias para el estudio y el trabajo. Sin embargo, los testigos señalan su esfuerzo que le valió un carácter amable y sencillo, y un buen aprovechamiento de los estudios cursados. Era muy buena su observancia monástica, y se destacó también en la schola cantorum, donde fue reemplazante del padre Anselmo en la dirección. Formaba parte también de la orquesta. Tuvo que acudir algún tiempo a Pamplona a cumplir el servicio militar, pero su familia consiguió pagar para reducir el periodo, y además la cercanía de su casa le permitía acudir a los suyos cada fin de semana, haciendo vida casi monástica el tiempo que se le permitía.

Llevado a prisión con el resto de su comunidad, le dijo un día a uno de los niños, Emilio Irurozqui, del pueblo navarro de Lumbier, cercano al suyo: «Di a mis padres y hermanos que no pasen pena por mí, que muero contento».



Beato Ramiro Sanz De Galdeano Mañeru, Sacerdote *Villatuerta (Navarra), 30-VIII-1910 –*

Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936



La vida de este joven navarro es quizás de las más llamativas de entre las de nuestros mártires, por muchos detalles. Hijo de padres de muy probada piedad, Francisco y Valentina, fue el quinto de la familia y el primero de los varones. Su madre estuvo a punto de morir durante su embarazo, y hasta habían llamado al párroco para que le dé la unción; pero su padre Francisco, de quien sus hijos decían que era un santo, corrió al cuadro del Sagrado Corazón que tenían en la casa y le ofreció al niño, para que se lo llevase si quería a cambio de la vida de la madre, que necesitaban sus primeras cuatro hijas. La salud de Valentina se restituyó y el niño nació sano. Francisco, fiel a su entrega, solía decir: «este niño es del Sagrado Corazón», y el niño, por su parte, desde muy pequeño solía responder a la pregunta de qué sería de grande: «Yo, fraile». Era un niño vivaz que, según testimonio de sus hermanas, no siempre tenía contentos a sus padres, a causa de su inquietud. Con el tiempo comenzó a ayudar la Misa y, a causa del ejemplo de San Veremundo, oriundo de su pueblo y benedictino, cuya vida conocía muy bien, se inclinó por la Orden de San Benito, y marchó a estudiar las humanidades en el Colegio de El Pueyo. El Noviciado lo hizo en Samos, en Galicia, y los estudios eclesiásticos en el mismo Pueyo. Su hermano pequeño, Serafín, fue también monje podiense, pero no vi-vieron por mucho tiempo juntos, pues éste marchó pronto a la misión de Australia. Ramiro, por su parte, hizo profesión solemne en 1932, y ese año recibió su ordenación diaconal. La poca edad le imponía un tiempo de demora para ser ordenado sacerdote. Y la espera se iba a estirar por ser convocado en 1934 a prestar servicio militar. Con el rango de cabo, participó de manera destacada de las acciones contra el levantamiento comunista en Asturias, que por aquellos días iniciaba la futura contienda civil y ya se cobraba algunas víctimas martiriales. En julio de 1934 había muerto su padre Francisco, y Ramiro esperaba poder cumplir su deseo de entronizar el Sagrado Corazón en su casa, después de una Misa cantada por él. Finalmente en 1935 realizó esos íntimos anhelos. Fue ordenado sacerdote para la fiesta de San Fermín, cantó su Misa en El Pueyo en la Solemnidad de San Benito, y consagró la casa paterna al Sagrado Corazón en la Fiesta de la Virgen del Carmen. Sus dos hermanas religiosas, Luisa e Irene, le habían preparado con mucha dedicación sus ornamentos sacerdotales.

De sus días como monje tenían sus compañeros muy buenos recuerdos de su trabajado carácter y sus buenas disposiciones. Su hermano Serafín cuenta que él le pidió sea un poco más formal en los actos comunitarios, pues tenía una cierta tendencia a la disipación y soltura. Ramiro aceptó esa corrección y se empeñó en mejorarse. Su buena salud de cuerpo y de alma le ayudó a ser de utilidad a todos y aprovechar su formación. El padre Mauro, comenzados ya los sucesos difíciles de julio de 1936, le envió junto al p. Anselmo a Barbastro, vestidos de trabajadores, para enterarse de lo que sucedía. Particularmente llamativa es la historia que se cuenta del periodo carcelario, donde uno de los milicianos, que le conocía de la juventud, le ofreció una posibilidad concreta de liberarlo de la muerte segura, a lo que respondió Ramiro que si se liberaba a toda la comunidad, sí, pero de lo contrario, él seguiría en todo el destino de sus hermanos. Se sabe por algunos testigos que fue golpeado en el último viaje, quizás por sus vítores a Cristo Rey, quizás también por el conocimiento de su pasado militar. Su entereza se mantuvo hasta el fin. Era el sacerdote más joven de la comunidad.



Un verdadero amor por la verdad

Sabido es que la cultura occidental se ha conservado en parte y se ha forjado cristianamente en los scriptoria de los monjes benedictinos de tantos siglos. También los mártires de El Pueyo fueron grandes estudiosos y propagadores de la verdad. Muchos de ellos investigaron y publicaron estudios sobre historia monástica e historia de la iglesia, sobre literatura, filosofía, teología, e incluso sobre alguna ciencia, como la apicultura. En época de los mártires, la revista que publicaban: Boletín de información benedictina, se estaba ganando un buen nombre entre las publicaciones de la Orden. Como aporte particular a la cultura de todo el Alto Aragón, podemos señalar la muy buena biblioteca que con esfuerzo estaban disponiendo, de la cual aún hoy podemos servirnos. En El Pueyo se dictaban todos los cursos de humanidades, de filosofía, de teología dogmática y de moral. Y los padres eran muchos de ellos predicadores de los pueblos. El padre Román Ríos, que precedió al padre Mauro, dice que en su época, que duró ocho años, se dieron 50 tandas de Ejercicios Espirituales, y se predicaron más de 2000 sermones, los cuales eran de gran profundidad y preparación, tal como se puede ver en los que nos han quedado.

Nuestra Familia Religiosa quiere ser un testimonio del Verbo, que es la Verdad. Por eso se advierte en nuestro Directorio de espiritualidad que hay que «evitar la dualidad, [e] impregnar toda la vida con la verdad, siendo amén del Amén». Nosotros «en todo y por todo queremos buscar siempre la gloria de Dios, fin último de todo el universo; de manera particular, en la búsqueda, investigación, proclamación y celebración de la verdad, porque seguimos al Verbo que dice: Yo soy la Verdad, por ser ese mismo “el fin último del universo... la verdad”, y porque para eso se encarnó Jesucristo: Yo para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad». De modo especial los contemplativos hemos de hacer honor al linaje monástico, y entregar nuestra vida a la Verdad, amándola sin condiciones, penetrándola sin remilgos y testimoniándola sin temores. «Los monjes del Instituto del Verbo Encarnado» –dice nuestro Directorio– «deberán ser celosos custodios de la cultura de la Iglesia y de la humanidad, enriqueciéndola con su estudio profundo, perseverante y abnegado, procurando ahondar en la investigación exegética, filosófica y teológica, imbuido en un espíritu de amor a Dios y a sus hermanos, en fidelidad al Magisterio de la Iglesia, y respondiendo así a las necesidades actuales, y a las objeciones que siempre renueva el mundo contra la fe cristiana»

Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzadnos de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, la gracia de ser «hombres sabios según Dios», porque el mundo necesita un testimonio auténtico y existencial de la Verdad que no pasa, y ese testimonio no puede darse sino con un continuado esfuerzo por entrarse y conocer internamente el misterio de Cristo, Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

Español

Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

Latín

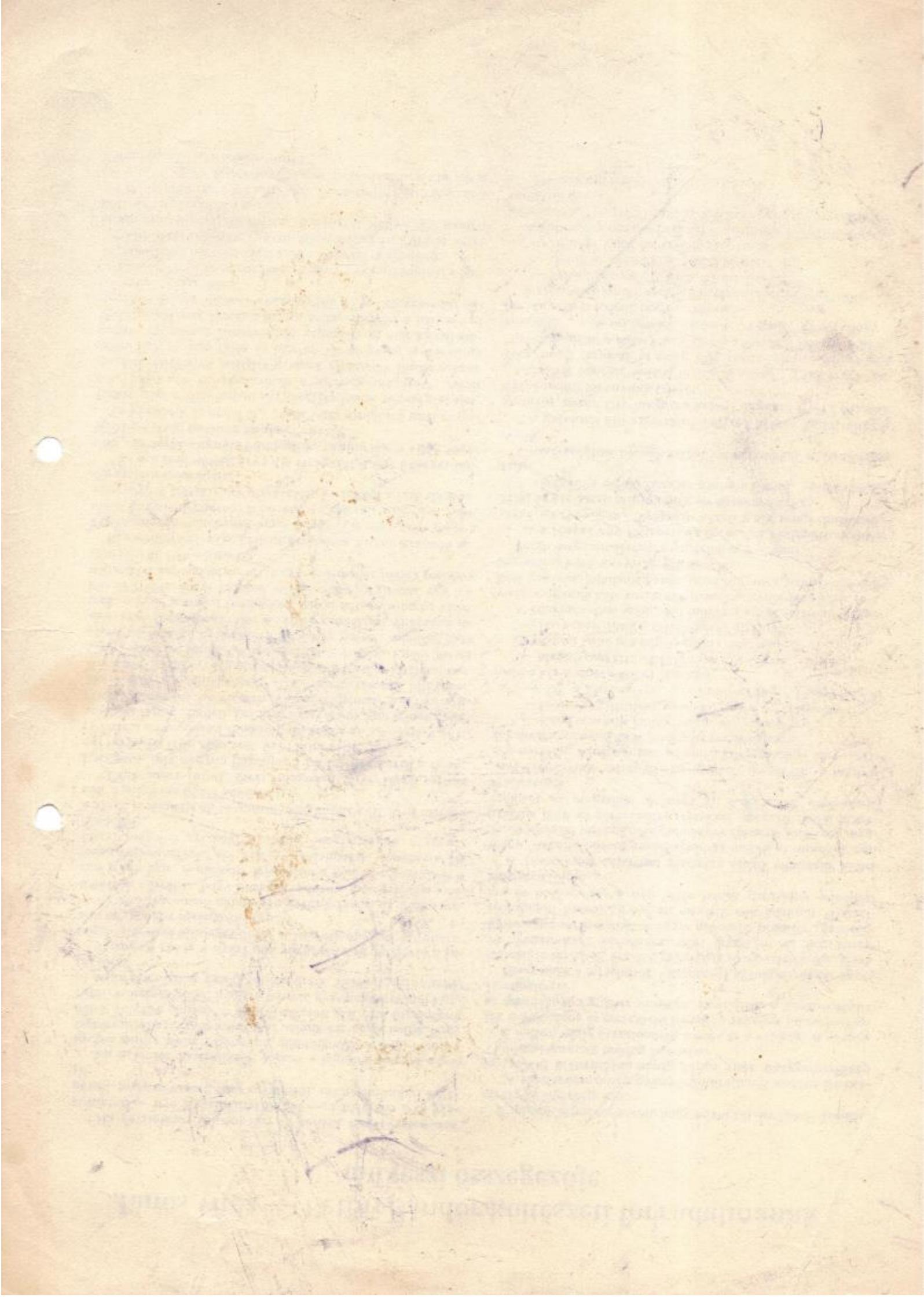
Deus, Pater noster, qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres, Matre Dei adiuvante, imitatores Christi usque ad effusionem sanguinis effecisti, concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione, fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus. Per Dominum.

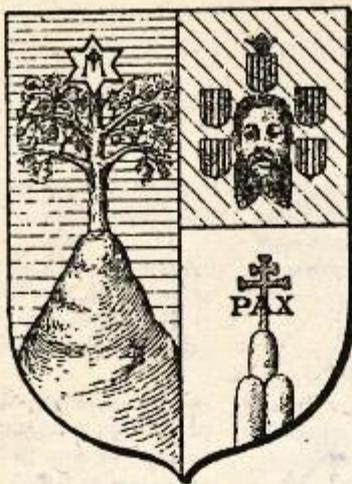
Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]







Mártires del Pueyo

Día 7

27 de agosto

Dedicado a los beatos Lorenzo Ibáñez Caballero y Aurelio Boix Cosials

Intención: por el ejercicio sobrenatural y esforzado del trabajo en nuestros monasterios.

Beato Lorenzo Ibáñez Caballero, Subdiácono

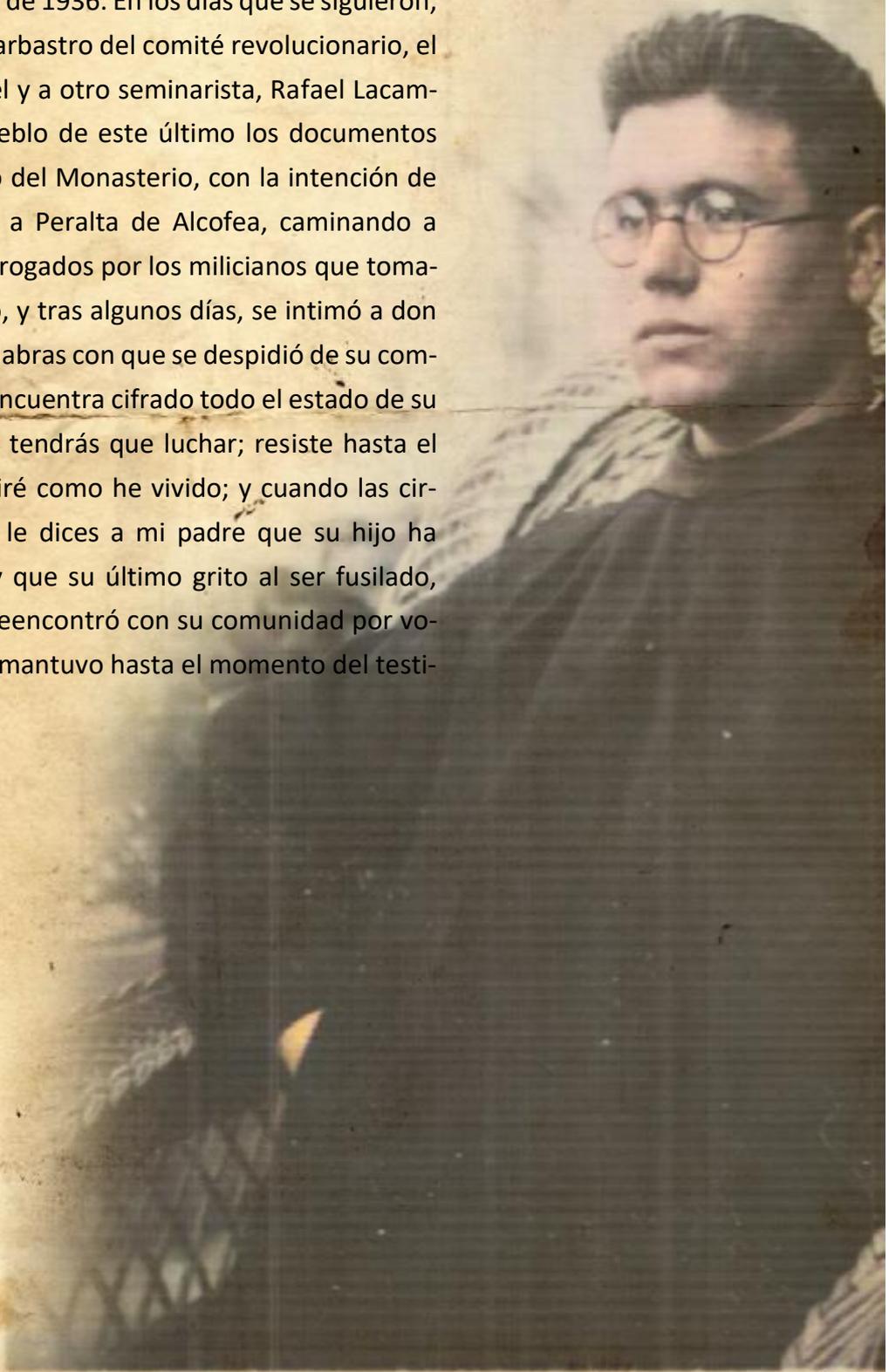
Cubillejo de Lara (Burgos), 11-IX-1911 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936



Dice el padre Alejandro Pérez Alonso que don Lorenzo «merecía el apellido Caballero más que por la sangre, por sus obras»; y el padre Benabarre dice de él, al abordar su figura: «Nos encontramos ante un hombre “de pro”; y esto no sólo por haber nacido en las nobles tierras castellanas y llevar un segundo significativo apellido, sino, también, por su carácter y entereza religiosos». Nacido en la provincia de Burgos, y bautizado con el nombre de Leoncio, tuvo otros dos hermanos sacerdotes, frutos de una familia hondamente cristiana. Ingresó en El Pueyo el año 1923, cursando allí todas las humanidades. Su noviciado lo hizo en Francia, en el Monasterio de Belloc, donde profesó para El Pueyo, vuelto al cual realizó todos sus estudios de filosofía y teología, con muy satisfactorio provecho.

Entre las virtudes que se destacan en sus diferentes semblanzas, tiene siempre peculiar relieve su laboriosidad, virtud muy benedictina que ejercitaba con esfuerzo. Su reciedumbre le permitía participar activamente y con entusiasmo de todo tipo de trabajos, como por ejemplo, en el picado y acarreo de piedra hasta las distintas construcciones con que los edificios del Monasterio se iban mejorando. En esto se trasluce, además, otra de sus virtudes destacadas, que es su gran amor y sentido de pertenencia por El Pueyo, casa monástica que sentía y vivía como suya propia. Participó de la academia literaria que componían algunos seminaristas, y también fue miembro de la orquesta, ejecutando sobre todo el clarinete. El año 1932 fue muy importante en su vida, porque recibió entonces las órdenes menores y realizó su profesión solemne; pero sobre todo por la prueba que le marcó el ser designado para cumplir servicio militar en el Magreb africano. Tras algún tiempo de vida de cuartel, pasó a desempeñar servicio en el hospital militar de Pagés, plaza de Melilla, donde colaboraba con las hermanas Hijas de la Caridad no solamente en la atención de los enfermos cristianos y moros, sino también en la preparación de actos y fiestas litúrgicas.

Vuelto a El Pueyo, hacia 1935, retomó su formación en orden al sacerdocio. Cerniéndose ya la tormenta de persecución que iba a arrear España en los próximos meses, don Lorenzo fue ordenado subdiácono el 5 de julio de 1936. En los días que se siguieron, y tras la toma de poder en Barbastro del comité revolucionario, el padre Mau-ro le encargó a él y a otro seminarista, Rafael Lacambra, la tarea de llevar al pueblo de este último los documentos más importantes del archivo del Monasterio, con la intención de resguardarlos. Llegados allí, a Peralta de Alcofea, caminando a campo traviesa, fueron interrogados por los milicianos que tomaban posición ya en el pueblo, y tras algunos días, se intimó a don Lorenzo a marchar. En las palabras con que se despidió de su compañero Rafael Lacambra se encuentra cifrado todo el estado de su alma: «Vas a quedarte solo; tendrás que luchar; resiste hasta el fin. A mí, si me matan, moriré como he vivido; y cuando las circunstancias te lo permitan, le dices a mi padre que su hijo ha muerto como un valiente, y que su último grito al ser fusilado, será: ¡Viva Cristo Rey!». Se reencontró con su comunidad por voluntad propia, y con ellos se mantuvo hasta el momento del testimonio definitivo.



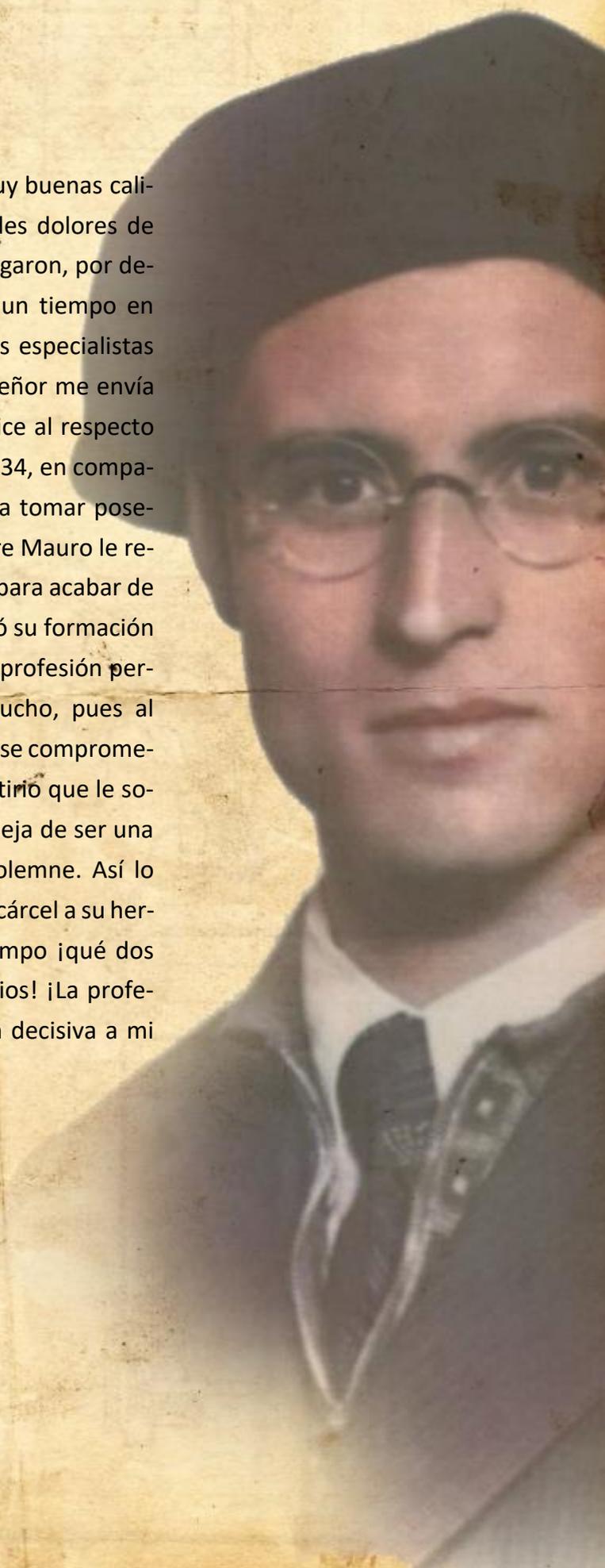
Beato Aurelio Boix Cosials, Religioso Profeso

Pueyo de Marguillén (Huesca), 2-IX-1914 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936



La Providencia dispuso que las palabras de este monje, el más joven de la comunidad mártir, fuesen las que representasen a todo el resto de sus compañeros en el espíritu del último trance; no que él haya llevado voz cantante en el grupo, sino porque puso por escrito, en unas muy estremecedoras cartas de despedida, el ánimo que reinaba en aquella familia monástica prisionera. Había nacido poco más de 20 años antes, en un pequeño pueblo, Pueyo de Marguillén, en el que su padre se encontraba trabajando como caminero. El pueblo de la familia era Barasona. Aurelio era el más pequeño de seis hermanos, y fue bautizado con el nombre de Ángel Carmelo. Otro de sus hermanos, Joaquín, fue monje en El Pueyo por algún tiempo. Ángel ingresó en el Monasterio en 1924, con apenas 10 años, y fue compañero en el Colegio, entre otros, de Rosendo Doñamaría y Lorenzo Ibañez. El padre Benabarre, que estaba por entonces también como colegial, pero no para El Pueyo sino para Filipinas, cuenta que Aurelio se dedicaba al estudio con mucha seriedad ya desde sus primeros años. Los padres Leandro Cuesta y Honorato Suarez fueron sus rectores en el Colegio. En 1929 formó parte del primer No-viciado de El Pueyo, bajo la dirección del padre Santiago Pardo. En 1930 hizo su primer año de filosofía en el mismo Monasterio y, visto su muy buen potencial, fue enviado a continuar sus estudios en San Anselmo, Universidad benedictina de Roma. Las muchas cartas que se conservan a partir de estas instancias de su vida permiten conocer muy bien los diferentes estados y vicisitudes de su alma grande.

Tras dos años de estudios en Roma, con muy buenas calificaciones, le comenzaron a sobrevenir grandes dolores de cabeza y pérdidas de conocimiento que le obligaron, por designio de sus superiores, a establecerse por un tiempo en Monserrat para descansar y consultar algunos especialistas en Barcelona. «Nada, una prueba que Ntro. Señor me envía como otras tantas: a Él me abandono» –así dice al respecto en una de sus cartas. Regresó a El Pueyo en 1934, en compañía del padre Mauro Palazuelos, que llegaba a tomar posesión de su nuevo cargo de prior. El propio padre Mauro le recomendó pasar una temporada en Valvanera, para acabar de restablecer su salud. Tras ese periodo continuó su formación en El Pueyo. En 1936, el 11 de julio, realizó su profesión perpetua, en circunstancias que significaban mucho, pues al atarse para siempre a la comunidad monástica se comprometía a permanecer en ella a todo trance. El martirio que le sobrevendría menos de dos meses después no deja de ser una consecuencia directa de ese acto religioso solemne. Así lo consideraba él mismo, según escribió desde la cárcel a su hermano: «Hermano mío muy caro: En poco tiempo ¡qué dos gracias tan señaladas me concede mi buen Dios! ¡La profesión, holocausto absoluto... el martirio, unión decisiva a mi Amor! ¿No soy un ser privilegiado?».



La ley del trabajo para los monjes

Para san Benito, los monjes «son verdaderos monjes, cuando viven del trabajo de sus propias manos» . Los benedictinos de El Pueyo eran reconocidos por propios y extraños como dechados de laboriosidad. De sus propias manos habían dado al Monasterio un impensado esplendor, y llevaban adelante ingentes tareas de agricultura, talabartería, apicultura, encuadernación, etc. Todo el servicio y la cocina eran hechos por ellos, al igual que el mantenimiento y la limpieza de la casa. Se arreglaban sus propias ropas y calzado. De especial relieve son las tareas de construcción, a las que todos contribuían, especialmente los jóvenes, colaborando desde la extracción de la piedra hasta la pintura y la decoración. Dice Rafael Lacambra: «En cuanto al trabajo, todo el mundo cumplía con la misión que tenía encomendada, haciéndolo con el mayor esmero que cada cual podía».

En nuestro Directorio de espiritualidad se nos dice que si bien ya somos Cristo por el Bautismo, tenemos «la tarea de serlo en plenitud, muriendo y viviendo» ; y entre aquello que debemos vivir se habla de la «vida del señorío» sobre uno mismo, sobre los demás hombres, sobre el demonio, y también sobre el mundo, lo cual se hace, en primer lugar, «colaborando con el mundo de la creación por el trabajo» Para el monje esto es un imperativo, pues por el trabajo imita a Cristo que, «al asumir todo lo humano, quiso someterse a esta ley del trabajo», y da «testimonio frente al mundo de su seguimiento total del Salvador». Según enseña nuestro Directorio de vida contemplativa, el trabajo nos es necesario, para mantener el equilibrio personal, para profesar nuestra pobreza, y pero sobre todo como medio de imitación de Cristo y de unión con Dios, «finalidad principal» de todo trabajo, el cual debe ser siempre «verdadero medio de contemplación» .



Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzados de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, la virtud de la laboriosidad, como instrumento de orden para nuestro cuerpo y nuestra alma, como signo de que nuestra única riqueza es Dios nuestro Señor, como medio de transformación de la cultura según el Evangelio, y como camino para hacernos siempre más semejantes a Cristo, el Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

Español

Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

Latín

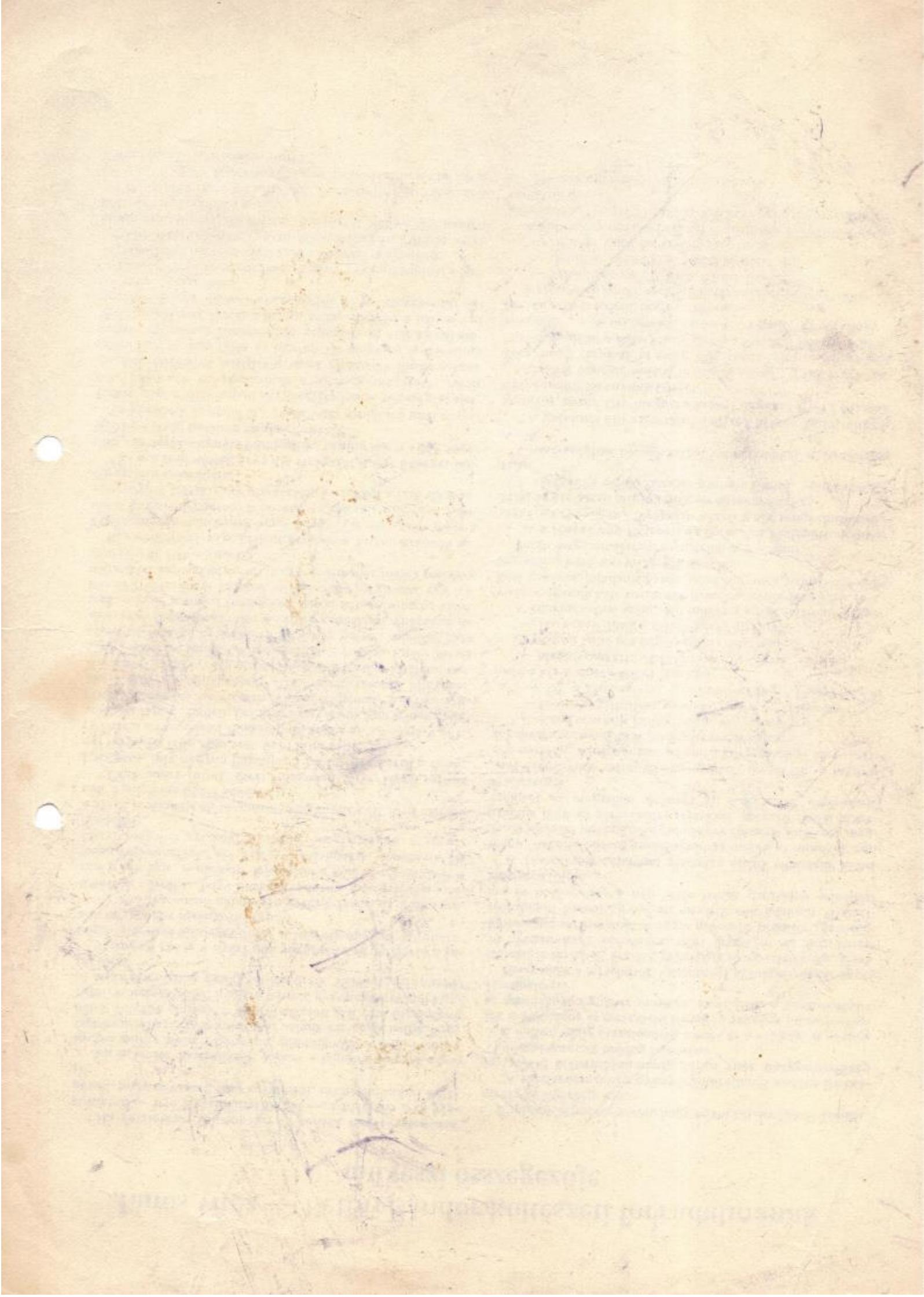
Deus, Pater noster, qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres, Matre Dei adiuvante, imitatores Christi usque ad effusionem sanguinis effecisti, concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione, fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus. Per Dominum.

Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]







Mártires del Pueyo

Día 8 28 de agosto

Dedicado a los beatos Lorenzo Santolaria Ester y Lorenzo Sobrevía Cañardo

Intención: por nuestro radical cumplimiento de los votos religiosos en este Instituto.

Beato Lorenzo Santolaria Ester, Hermano

Torres de Alcanadre (Huesca), 20-IV-1872 – Cantera de Torres de Alcanadre, 5-VIII-1936

Labrador e hijos de labradores, el hermano Lorenzo Santolaria era el más anciano de los hermanos de la comunidad mártir. Ejercitado desde niño en las labores del campo, al ingresar como lego en El Pueyo fue destinado a llevar adelante la gran tarea agrícola que implicaba el entonces muy grande patrimonio de la Virgen. El padre Benabarre le conoció, y dice de él que era un pilar de la economía del Monasterio, por su acertada administración y producción de los muchos recursos. Su ciencia práctica al respecto era proverbial: «los agricultores de los pueblos vecinos tenían en el buen Hno. Lorenzo un excelente calendario agrícola. Cuando él mandaba a los suyos sembrar, ellos se ponían a sembrar; cuando él daba la orden de comenzar la siega, ellos desenfundaban la hoz o la dalla y la gavilladora» (P. Benabarre). Junto a la aportación económica, tenía también su oficio una gran importancia apostólica y hasta social, pues era el responsable de todos los trabajadores, a los cuales procuraba no solamente ordenar y dirigir, sino también escuchar, aconsejar y reprender en el caso en que fuese necesario. Particularmente intransigente era con las blasfemias, que no dejaba pasar jamás. Por buen trabajador que fuera, el hombre que no se corregía del vicio de blasfemar, era despedido después de algunas advertencias.

Los que vivieron con él señalan la sencillez, la humildad, la laboriosidad, y la amabilidad como sus virtudes más recordadas. Era un monje cumplidor, amante y lector asiduo de la Sagrada Escritura, y atento a las necesidades de los demás. Su martirio se dio en soledad, en su pueblo de Torres de Alcanadre. Hacía allí había marchado junto con el hermano Vicente Burrel, autorizados por el padre Mauro. Apenas llegados a casa de uno de los hermanos del hermano Lorenzo, el 23 de julio de madrugada, fueron visitados por miembros del comité popular, e increpados. El hermano Vicente debió dejar el pueblo, al día siguiente, mientras que el hermano Lorenzo pudo permanecer en casa y amenazado hasta el 5 de agosto, día en que lo vinieron a buscar en camión y lo llevaron, junto a dos laicos cristianos, a la carretera de salida del pueblo, donde los fusilaron y los quemaron luego con gasolina. Su cuerpo incinerado parecía tener entre sus manos un libro, con el cual murió, en silencio y quieto. Algún testigo dijo que ese libro era la Regla de San Benito, que había sabido vivir hasta el heroísmo.

Beato Lorenzo Sobrevía Cañardo, Hermano

Huesca, 16-IV-1874 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936



El hermano Lorenzo Sobrevía era llamado habitualmente por los miembros de la comunidad «el albañil», por su antiguo oficio, y en parte también para distinguirlo de su homónimo el hermano Lorenzo «el agricultor». Oriundo de la ciudad de Huesca, su entrada a El Pueyo se dio en circunstancias no comunes en la época, pues era ya mayor de edad y tenía un oficio rentable. Era un hombre de buena cultura y de maneras elegantes, según cuentan los que lo conocieron. Sus conocimientos de albañilería fueron un tesoro no solamente para el Monasterio de El Pueyo, sino también para otras casas benedictinas en que colaboró, entre las cuales Valvanera y Santo Domingo de Silos. Se encargó también un tiempo de la tienda de recuerdos, y fue auxiliar del padre Raimundo en el Colegio de los niños, a los que cuidó hasta en la cárcel. Como ayudante de ellos les acompañaba en los paseos y en los actos litúrgicos, al igual que en la misa comunitaria que tenían cada día. En los días en que ya la observancia monástica se sujetaba a las circunstancias sociales, el hermano Lorenzo se quedaba durante la noche en el piso de los colegiales, el actual piso alto de la hospedería, intercambiando informaciones de tanto en tanto con los sacerdotes jóvenes que velaban en la plaza. Los niños que estuvieron en el Colegio a su cargo le recordaban luego con gran afecto, sobre todo con el Rosario en la mano, a distancia necesaria, viéndolos jugar.

Su carácter era muy simple, señorial al punto que una vez el arzobispo de Burgos le encontró rezando en el coro de Silos y le pidió confesión. Era de buena observancia, regular y trabajador. Compartió su suerte con la comunidad hasta el último día, y cayó gloriosamente bajo los fusiles enemigos de Cristo en la madrugada del 28 de agosto de 1936.

La radicalidad de nuestra consagración

Dice un testigo, Joaquín Boix, que el amor a la Orden benedictina, especialmente en algunos sacerdotes, era «notable». Los monjes eran orgullosamente benedictinos. Ser del linaje de san Benito fue su gloria hasta el momento supremo. Amaban el Monasterio por ser su lugar en la orden. Vivían con perfección la vida según la Regla pues era la manera de mostrarse como benedictinos. Se santificaron en su vida como benedictinos, y murieron así, porque eso no se lo pudieron arrebatar. De muchos se dice que bajaron a la cárcel con sus hábitos ocultos, como una forma de llevar consigo la observancia y la disciplina. Del hermano Lorenzo Santolaria se dice que murió con la regla entre sus manos. De la mayoría se sabe que murieron rezando y cantando, y de pie, como murió también el Patriarca de los monjes de Occidente.

Nuestro carisma nos distingue de las demás Familias religiosas dentro de la Iglesia y es, por tanto, el motivo concreto por el que formamos parte de ésta, que es la nuestra, la Familia del Verbo Encarnado. Ese carisma, que es «trabajar, en suma docilidad al Espíritu Santo y dentro de la impronta de María, a fin de enseñorear para Jesucristo todo lo auténticamente humano», y que implica en su esencia la cruz de «las situaciones más difíciles» y de «las condiciones más adversas»; es un deber sagrado para todos los monjes. De hecho, nuestro Directorio nos hace un imperioso llamado a ser «van-guardia de nuestro Instituto y guardianes de su espíritu», proclamando con nuestra vida «la primacía del amor a Dios y el valor de las virtudes mortificativas». Aquí se implica un compromiso radical con el carisma y la misión de nuestro Instituto, viviendo los cuatro votos de manera plena, llevando a todo el Instituto, por el sacrificio diario de cada uno de los monjes, a una experiencia absoluta del valor santificador de nuestras Constituciones y Directorio de espiritualidad y de las enseñanzas que nos ha legado en orden a esto nuestro Fundador.

Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzadnos de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, un amor incondicional a nuestra Familia religiosa, y un esfuerzo siempre renovado por apurar hasta la hez el cáliz del ejercicio radical de nuestra vida consagrada a Dios en este Instituto; el cáliz, rebotante de cruz y gracia, de la imitación entera de Cristo, el Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

Español

Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

Latín

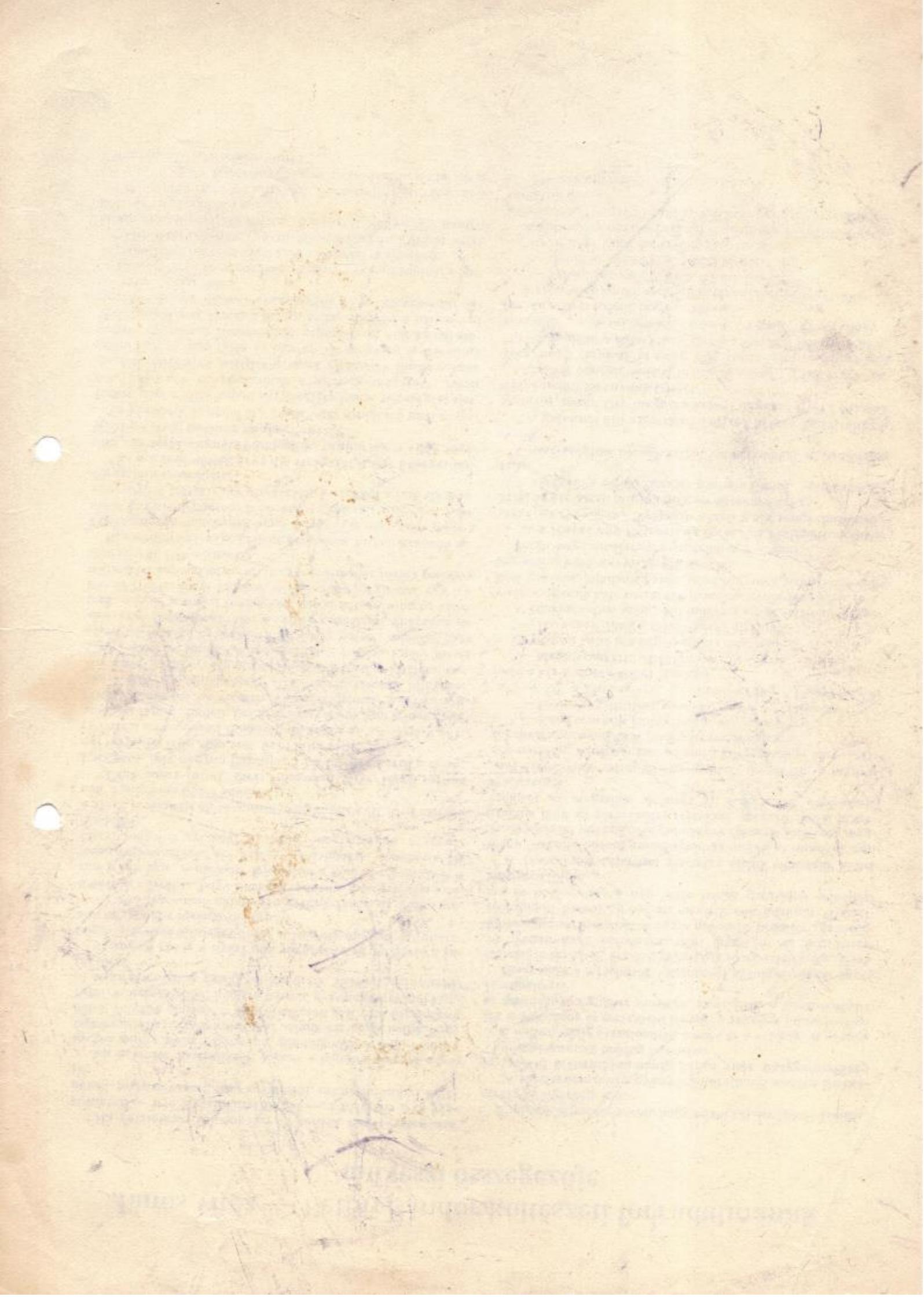
Deus, Pater noster, qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres, Matre Dei adiuvente, imitatores Christi usque ad effusionem sanguinis effecisti, concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione, fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus. Per Dominum.

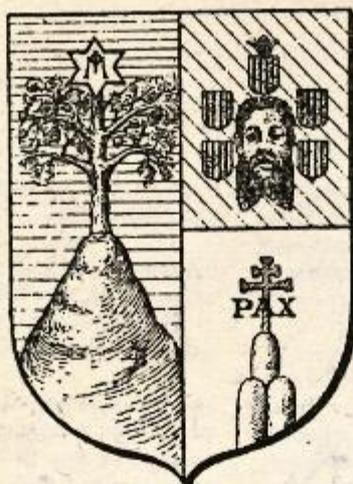
Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]







Mártires del Pueyo

Día 9 29 de agosto

Dedicado a los beatos Ángel Fuertes Boira y Vicente Burrell Enjuanes

Intención: por el perfeccionamiento de nuestra devoción filial a la Virgen Santísima.

Beato Ángel Fuertes Boira, Hermano

Zaragoza, 2-VIII-1889 – Carretera de Barbastro a Berbegal, 28-VIII-1936

El hermano Ángel Fuertes es quizás el más desconocido de entre los mártires de El Pueyo. De hecho, hasta hace poco no teníamos ni siquiera una foto suya de adulto. Nacido en Zaragoza y bautizado con el nombre de Antonio, ingresó de joven en el pequeño priorato de Cogullada, en su ciudad natal. Su filiación monástica era con la casa madre de este Monasterio, la Abadía francesa de Ligugé, para la cual profesó en 1913. Cuando, en 1932, ciertas circunstancias obligaron a cerrar Cogullada, el hermano Ángel, junto con otro hermano, francés, el hermano Hilario Simón, consiguieron permiso del padre Román Ríos para residir temporalmente en El Pueyo, sin perder su filiación a Ligugé. En El Pueyo, el hermano Ángel desempeñó sobre todo el oficio de cocinero. Los problemas que tenía en su columna vertebral hacían un poco sacrificados este trabajo, pues le obligaban a mantenerse un poco encorvado y además le afectaban el sistema nervioso, volviéndolo en ocasiones algo irascible. Pero el recuerdo de quienes vivieron con él es el de un monje humilde, trabajador, observante y servicial.

Cuando comenzaron a volverse las tornas en contra del orden civil y religioso, el hermano Ángel fue uno de los que permaneció siempre en el Monasterio, haciendo guarda y perseverando en su oficio en la cocina. Consta, de hecho, que quienes bajaban al monte durante el día por precaución, volvían a comer al mediodía. Este fue ciertamente un muy importante servicio, alivio para los demás en medio de la situación tan incierta. En la cárcel, incluso, mantuvo su atención, pues esperaba la llegada de la comida, que traía el hermano Vall, de los claretianos, y la repartía entre todos los presos. Durante un tiempo se dudó de su martirio, sobre todo por la confusión que ocasionaba un homónimo suyo, fuerte activista rojo en un pueblo de Huesca, pero el padre Alejandro Pérez Alonso dio certeza moral de su sacrificio en el Informe sobre los mártires. El hermano Hilario Simón, que había venido con él desde Cogullada, y que fue liberado de la cárcel a mediados de agosto por su nacionalidad francesa, aseguró luego que el hermano Ángel tenía un único temor que era morir por una causa distinta que el Evangelio.

Beato Vicente Burrel Enjuanes, Herman

Juseu (Huesca), 28-XII-1896 – Promontorio de Santa Bárbara en Barbastro, 25-VII-1936

En el último lugar de la nómina martirial podiense se encuentra quien, paradójica-mente, dio su vida el primero. Había nacido el hermano Vicente Burrell muy cerca de El Pueyo, en el pueblo de Juseu, donde hasta hace poco hemos podido visitar la casa donde nació y pasó su infancia, conservada casi igual que en su época. Formaba parte de una familia numerosa e importante del pueblo, la que fundaron Julián y Joaquina. Fue el cuarto de ocho hermanos; en el parto del último de los cuales falleció su madre. De niño era muy retraído y gustaba de ir a Misa cada día en el pueblo, según testimonio de una de sus hermanas. Tras hacer estudios básicos en su pueblo, y luego algunos estudios superiores en Cambrils, cerca de Tarragona, hay algunos testigos que afirman que fue maestro por algún tiempo. Ingresado en El Pueyo como lego, era recordado por su oficio de refitolero, es decir, responsable del servicio del refectorio. En su época llegó a atender a una comunidad de casi 70 monjes, y dice algún testigo que siempre mantenía todo en orden y que era un amante de la limpieza. En este oficio era no solamente muy servicial, sino también paciente ante las dificultades. Por otra parte, en su cotidianeidad se mostraba muy retraído y sencillo, además de ser muy puntual y obediente. Fue también zapatera y ayudante de cocina, además de dispensero en la hospedería externa.

Su martirio fue distinto que el de los demás, caracterizado por su soledad. Había salido junto con el hermano Lorenzo el agricultor hacia el pueblo de éste, Torres de Alcanadre, con el fin de refugiarse. Llegaron allí el 23 de julio de madrugada, después de caminar mucho a campo traviesa. El comité que tenía el poder ya en el pueblo le intimó a marchar, pues no era de allí, y debió comenzar un camino solitario, buscando cruzar hasta la ciudad de Graus, donde vivía una hermana suya. Fue más de un día de camino, donde encontró ayudas y desprecios, desde donde vio una columna de humo negro levantarse del Monasterio, y pensó en la Virgen. Intentando cruzar el río por algún paso, cerca de la ciudad de Barbastro, fue sorprendido por una guardia de milicianos y llevado a la fuerza a la ciudad, tras revisar sus cosas y encontrarle el hábito benedictino. El reconoció ser de El Pueyo. Pasado el convento de las capuchinas, sobre el promontorio dicho de Santa Bárbara, le ejecutaron a pistola, cayendo como el primer religioso mártir de la diócesis mártir por excelencia.

Esencialmente Marianos

Si algo puede definir a los monjes de El Pueyo es su «marianidad», si se permite el término. Sabedores de ser custodios y habitantes de la casa de la Virgen, la supieron venerar con toda su persona, desde los gestos más pequeños, hasta las obras más majestuosas. Cada día de su vida los monjes tenían su Rosario comunitario y el canto de los Gozos de la Virgen. Celebraban su oficio todos los sábados. Acompañaban a los pueblos en sus romerías. Le componían canciones y poemas, la invocaban públicamente en sus sermones, como se puede ver en todos los sermones del beato Domingo Caballé. Del padre Leandro Cuesta se dice que con gran devoción celebraba muchas veces su Misa privada en el altar que estaba en el camarín. De los detalles que podemos conocer, sabemos que murieron con el nombre de la Virgen en los labios y en el corazón. La recordaban mirando a El Pueyo, como en el caso del hermano Vicente Burrell, la vivaban en el camión los del grupo grande, y una palabra especial hay que dar al tan caballeresco como filial regalo que le hizo el padre Mauro Palazuelos, al darle incluso los últimos tonos de su aliento, queriendo que la Virgen sea el canto con que ingresó triunfante y a su encuentro en el cielo.

Toda nuestra legislación propia está impregnada del amor filial que queremos tener a nuestra madre del cielo, la Santísima Virgen María. La definición más exacta de este espíritu de devoción es aquella por la que nos proclamamos «esencialmente... marianos». A los monjes del Verbo Encarnado, en particular, si algo nos señala dentro de todas las tradiciones monásticas, es el hecho de querer vivir una vida contemplativa «marianizada». Nuestro Directorio, por la fuerza de nuestro cuarto voto, nos manda «tener para con la Santísima Virgen una particular devoción», que debe ser interior y verdadera. «Por su especial configuración con Cristo Víctima, el monje deberá buscar en [la Virgen] fortaleza en los momentos de prueba, porque ella sigue al pie de la cruz de cada uno de sus hijos». La celebración de los sábados, el Rosario en común, las devociones comunitarias particulares de cada casa —especialmente en las que son por un título especial «casa de María»—, son todas formas de mostrarles a nuestra Madre que no queremos ser contemplativos sino por Ella y para Ella, con Ella y en Ella, pues, como dice nuestro Directorio, el monje «siempre está bajo su maternal mirada»

Oración

¡Beato Mauro Palazuelos y compañeros, benedictinos mártires de El Pueyo! Por vuestra intercesión, y por la de nuestra Madre y vuestra Madre, la sin par Virgen María, joya de los monjes, alcanzadnos de Dios, a los contemplativos del Verbo Encarnado, que nos felicitamos de teneros por patronos, la gracia de las gracias, que es vivir y morir a ejemplo vuestro: mirando a nuestra Madre, porque sólo con los ojos y los labios, la mente y el corazón puestos todos en Ella, podremos llegar a reproducir en nuestras vidas a su Hijo, Cristo, el Verbo Encarnado. A quien sea toda la Gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración final

[la misma para todos los días]

Español

Dios, Padre nuestro, que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

Latín

Deus, Pater noster, qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres, Matre Dei adiuvente, imitatores Christi usque ad effusionem sanguinis effecisti, concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione, fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus. Per Dominum.

Amén.

Letanías de los Mártires

[Ver al final – cada día se nombra a todos los mártires, pero se cantan las letanías propias de aquellos a quienes se dedica la novena ese día]



Letanías de los mártires del Pueyo



Señor, ten piedad de nosotros
Cristo, ten piedad de nosotros
Señor, ten piedad de nosotros

Señor,...

Cristo,...

Señor,...

Cristo, óyenos
Cristo, escúchanos

Cristo,...

Cristo,...

Dios Padre Celestial
Dios Hijo, Redentor del mundo
Dios Espíritu Santo
Trinidad Santa, un Solo Dios

Ten piedad de nosotros

Santa María

Ruega por nosotros

Santa Madre de Dios

Santa Virgen de las vírgenes

Nuestra Señora del Pueyo

Señora del Somontano

Patrona de Barbastro

Atalaya espiritual y fuente perenne de aguas santificadoras

Reina de los mártires

Joya de los monjes

_ Beato Mauro Palazuelos Maruri, sacerdote

Ruega...

Cantor de la Virgen desde tu niñez

Guía y sostén de la comunidad mártir

Verdadero hombre de Dios

Privilegiado de María Santísima

Tú que alimentaste tu sacrificio con el Cuerpo y la Sangre de Cristo

_ Beato Honorato Suárez Riu, sacerdote

Predicador insigne de la Palabra de Dios

Mártir continuo en la vida monástica

Entusiasta del sacrificio «entero»

_ Beato Mariano Sierra Almázor, sacerdote

Espejo de perseverancia

Varón fuerte en la soledad

Hijo fiel de San Benito en la oración y el trabajo

_ Beato Raimundo Lladós Salud, sacerdote

Padre esmerado de los colegiales
Devoto del crucifijo
Monje austero y mortificado

_ Beato Leandro Cuesta Andrés, sacerdote

Colmenero de la «miel» del puro encuentro con Dios
Auténtico y cristiano hijo de Castilla
Reclutador de vocaciones

_ Beato Fernando Salinas Romeo, sacerdote

Modelo de intelectuales e investigadores
Ejemplar de la observancia monástica
Poeta y contemplativo

_ Beato Santiago Pardo López, sacerdote

Amante del culto a Dios en la liturgia
Apóstol de los pobres en Filipinas
Sabio y paciente maestro

_ Beato Domingo Caballé Bru, sacerdote

Ministro digno en la celebración eucarística
Dócil y natural en la práctica de la vida religiosa
Tú, incapaz de enemistarte con nadie

_ Beato Ildefonso Fernández Muñiz, sacerdote

Trabajador incansable
Sonriente y afable en medio de tus labores
Sacristán dedicado al cuidado de todo lo sagrado

_ Beato Anselmo Palau Sin, sacerdote

Por tu noche entera de martirio y sacrificio
Fuerte y valiente de carácter
Cultivador concienzudo de la música sacra

_ Beato Ramiro Sanz de Galdeano Mañeru, sacerdote

Benjamín de la comunidad presbiteral podiense
Decidido y generoso para con el prójimo
Tú que preferiste morir con todos a salvarte en solitario

Ruega...





_ Beato Rosendo Donamaría Valencia, diácono

Ruega...

Joven monje piadoso y sencillo

Tú que fuiste a la muerte contento y consolaste a tus padres

Con tu limpia voz de tenor

_ Beato Lorenzo Ibáñez Caballero, subdiácono

Tú que con lágrimas recordabas el Pueyo en tu destierro en África

Intrépido ante la posibilidad del martirio

Deseoso del sacerdocio de Cristo

_ Beato Aurelio Boix Cosials, seminarista

Inmolado en tu Profesión perpetua

Joven de exquisita espiritualidad monástica

Tú que conservaste hasta la muerte la serenidad de tu carácter

_ Beato Lorenzo Santolaria Ester, hermano

Labrador de los campos y de las almas

Solo en tu prisión y en tu martirio

Religioso dócil y hasta el fin abrazado a la Santa Regla

_ Beato Lorenzo Sobrevía Cañardo, hermano

Hombre de pocas palabras

Albañil del edificio espiritual de la Iglesia

Siempre con el Rosario en mano

_ Beato Ángel Fuertes Boira, hermano

Monje culto y en extremo bondadoso

Tesoro de la comunidad como buen hermano cocinero

Zaragozano hijo de María del Pilar

_ Beato Vicente Burrel Enjuanes, hermano

Servicial refitolero

Reluciente por la caridad

Primicia del holocausto de la comunidad podiense

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,

Escúchanos, Señor

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,

Perdónanos, Señor

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,

Ten piedad de nosotros

